

ALBUR

ALBUR

Connie Willis

Traducción de

Miguel Ángel Ambel Ruiz
Carmen Gámez Salazar
Amanda Inés Hernández García
Celia Sánchez Muñoz

Granada
2022

Inside every old person is a young person wondering what happened.

Terry Pratchett

Albur

El miércoles la vecina de Elizabeth le hizo una visita. Aunque llovía con fuerza, había cruzado el jardín corriendo sin chubasquero ni paraguas, con las manos embutidas en los bolsillos de la rebeca.

—Hola —dijo sin apenas aliento—. Vivo justo al lado y había pensado que sería buena idea pasarme a saludar y ver cómo lleváis la mudanza —sacó un trozo de papel doblado de uno de los bolsillos de la rebeca y se lo dio—. Os he escrito el nombre del servicio de recogida de basura. Me lo preguntó tu marido el otro día.

—Gracias —dijo Elizabeth. La mujer era joven y le recordaba a Tib. Tenía el pelo corto y rubio, peinado hacia atrás en capas, tal y como lo llevaba Tib en primero de carrera.

—Este tiempo es horrible, ¿no te parece? —le preguntó la joven—. No suele llover tanto en otoño.

Quando Elizabeth estaba en primero había llovido durante todo el otoño.

—¿Dónde tienes el chubasquero? —le había preguntado Tib tras deshacer la maleta y colgar su ropa en la habitación de la residencia.

Tib era guapa y menuda, el tipo de chica que probablemente tenía miles de citas, el tipo de chica que siempre tenía la ropa adecuada. Elizabeth no sabía qué ropa debía llevar. El folleto que se enviaba a los de primero recomendaba traer jerséis y faldas para clase, un traje para los eventos de las hermandades estudiantiles y un conjunto formal. Pero no decía nada sobre chubasqueros.

—¿Es que voy a necesitar uno? —preguntó Elizabeth.

—A ver, ahora mismo está lloviendo. No sé si eso te dice algo —respondió Tib.

—Pensaba que estaba amainando —dijo la vecina—, pero ya veo que no. Y hace un frío...

Estaba temblando. Elizabeth se percató de que su rebeca estaba empapada.

—Puedo subir la calefacción —le ofreció Elizabeth.

—No, me tengo que ir. Estarás desempaquetando todo. Es una pena que hayáis tenido que mudaros con esta lluvia. Normalmente hace un tiempo estupendo en otoño —sonrió a Elizabeth—. Pero qué te voy a contar a ti. Tu marido me comentó que estudiaste aquí, en la universidad.

—Por aquel entonces no era una universidad. Era un colegio universitario público.

—Es verdad. ¿Ha cambiado mucho el campus?

Elizabeth fue a comprobar el termostato. Indicaba una temperatura de veinte grados, pero ella tenía frío. Lo subió a veinticuatro.

—No —respondió—. Está igual.

—Oye, no me puedo quedar mucho —dijo la joven mujer—. Seguro que tienes mil cosas que hacer. Me había pasado solo para saludarte y preguntarte si te gustaría venir a casa esta noche. Vamos a hacer una reunión de Tupper.

«Una reunión de Tupper», pensó Elizabeth con tristeza. «No me extraña que me recuerde a Tib».

—No tienes por qué venir. Y si al final vienes no hace falta que compres nada. No va a ser algo grande, solo seremos unas cuantas amigas. Creo que puede ser una buena ocasión para que conozcas a algunas de las vecinas. La verdad es que organizo la reunión porque tengo una amiga que está empezando a vender Tupperware y...—. Paró de hablar y miró a Elizabeth con preocupación, que tenía los brazos cruzados contra el pecho para darse calor.

—Yo tenía un amigo que vendía Tupperware —dijo Elizabeth.

—Anda, entonces tendrás un montón.

El estridente eco de un fogonazo indicó que la caldera se había encendido.

—No —dijo Elizabeth—. No tengo ni uno.

—Anda, vente —insistió la joven mientras salía al porche delantero—. No tienes que comprar nada. Es solo para que las conozcas a todas.

Volvía a llover con fuerza. La mujer atravesó el jardín de vuelta a su casa, con la cabeza gacha y los brazos apretados contra el cuerpo.

Elizabeth entró en casa y llamó a Paul, que estaba en la oficina.

—Elizabeth, ¿es algo urgente de verdad? —preguntó—. Tengo que reunirme con el Dr. Brubaker en la oficina de admisiones para comer y tengo un montón de papeleo.

—La vecina de al lado me ha invitado a una reunión de Tupper —contestó Elizabeth—. No quería decir que sí por si tenías algo planeado para esta noche.

—¿Una reunión de Tupper?! —respondió—. ¿En serio me estás llamando por eso? Sabes que estoy muy ocupado. ¿Has ido al edificio Carter a dejar tu solicitud?

—Salgo en seguida —dijo—. Iba a ir esta mañana, pero el...

—El Dr. Brubaker acaba de llegar —dijo, y colgó el teléfono.

Elizabeth se quedó junto al teléfono un minuto, pensando en Tib, y luego se puso el chubasquero y se dirigió hacia su antiguo campus.

—Sigue exactamente igual que cuando estábamos en primero —le había dicho Tib a Elizabeth cuando esta le habló sobre el nuevo trabajo de Paul—. Tuve que ir el verano pasado a recoger unos expedientes y no me lo podía creer. Estaba lloviendo y te juro que las aceras estaban repletas de las mismas lombrices de siempre. ¿Te acuerdas del chubasquero amarillo que te compraste en primero?

Tib había llamado a Elizabeth desde Denver cuando vinieron a buscar una casa.

—He leído en la revista de antiguos alumnos que Paul es el nuevo vicedecano —dijo como si no hubiera pasado nada—. El artículo no decía nada sobre ti, pero pensé que podría llamarle por si daba la casualidad de que seguíais casados. Yo ya no.

Tib había insistido en llevarla a comer a la plaza Larimer. Se había dejado crecer el pelo y estaba demasiado delgada. Pidió un daiquiri de melocotón y le contó a Elizabeth todos los detalles de su divorcio.

—Me enteré de que Jim se estaba tirando a una guarrilla de la oficina —dijo dándole vueltas a la hoja de menta que venía en la copa— y ya no aguanté más. Él no podía entender por qué me había enfadado. «Vale, he tenido un lío ¿y qué?», me dijo. «Todo el mundo lo hace. ¿Cuándo vas a madurar?». No me tendría que haber casado con ese cerdo, pero cuando te arruinas la vida no te das cuenta hasta mucho después, ¿sabes?

—No —dijo Elizabeth.

—A ver, fijate en Paul y tú, por ejemplo —dijo. Hablaba mucho más rápido de lo que recordaba Elizabeth, y le tembló un poco la voz cuando llamó al camarero para pedir otro daiquiri—. Yo no habría apostado un duro por vuestro matrimonio y, ¿cuánto lleváis casados ya? ¿Quince años?

—Diecisiete —respondió Elizabeth.

—¿Sabes? Siempre creí que arreglarías las cosas con Tupper —dijo—. Me pregunto qué habrá sido de él—. El camarero vino con el daiquiri y se llevó la copa vacía. Tib quitó la hoja de menta y la depositó con delicadeza en el mantel. —Ya puestos, fijate cómo han acabado Elizabeth y Tib —dijo.

En realidad, el campus no estaba exactamente igual. Habían añadido un ala nueva al edificio Frasier y habían talado casi todos los olmos. De hecho, ya no era el campus como tal. El campus de verdad estaba al noroeste, donde había espacio para construir nuevos edificios de hormigón para las clases y plantas y plantas de residencias para universitarios. El Departamento de Música seguía en el edificio Frasier y el de Educación Física usaba el antiguo gimnasio del Gunter para los deportes femeninos, pero la mayoría de clases y pequeños dormitorios del extremo sur se habían convertido en oficinas. La biblioteca era ahora el edificio de Administración y el Kepner era propiedad de la Oficina de Alojamiento del campus, pero bajo la lluvia parecía seguir igual.

Las hojas empezaban a caerse y la avenida principal estaba mojada y llena de lombrices. Elizabeth caminaba entre ellas con cuidado, intentando no pisarlas. Cuando estaba en primero directamente se negó a andar por las aceras. Ese primer otoño echó a perder dos pares de bailarinas por ir atajando por el césped de camino a clase.

—Estás loca, lo sabes, ¿no? —le había gritado Tib mientras corría para alcanzarla—. También hay lombrices en la hierba.

—Ya, pero aquí no las veo.

Cuando no había hierba, Elizabeth se empeñaba en que fueran por mitad de la calle. Así es como conocieron a Tupper. Casi las atropella con la bicicleta.

Fue un viernes por la noche. Elizabeth se acordaba porque Tib llevaba el uniforme de la sección femenina del ROTC, el antiguo programa de formación de las fuerzas aéreas. Las llamaban la Escuadrilla Ángel. Cuando Tupper giró bruscamente para evitarlas, salpicando por todas partes y acabando con la bicicleta en el suelo, lo primero que dijo fue: «¡Ostras! ¡Una poli!».

Lo ayudaron a recoger las bolsas de plástico que se habían desparramado por toda la calle.

—¿Qué es todo esto? —le había preguntado Tib, que tuvo que encorvarse porque la falda recta azul y los tacones le impedían agacharse.

—Tupperware —contestó—. La última moda. ¿No necesitaréis por casualidad una fiambra? Vienen genial para guardar lombrices.

El edificio Carter tenía el mismo aspecto desde fuera, ladrillo de vidrio y una piedra beige fea. Antes era el Sindicato de Estudiantes, pero ahora albergaba la Oficina de Personal y Ayuda Financiera. Por dentro estaba completamente remodelado. Elizabeth no podía ni siquiera distinguir dónde había estado la cafetería.

—Puede rellenarlo aquí mismo si quiere —le dijo la chica que le entregó la solicitud, y le dio un bolígrafo. Elizabeth colgó su abrigo en el respaldo de la silla y se sentó en una mesa junto a la ventana. Tenía frío, aunque la ventana estaba empañada.

Habían ido todos juntos al Sindicato de Estudiantes a por pizza. Elizabeth había colgado su chubasquero amarillo en el respaldo del asiento. Tupper fingió escurrir su chaqueta vaquera y la extendió sobre el radiador. La ventana junto a la mesa estaba tan empañada que no podían ver el exterior. Tib había escrito con el dedo «Odio la lluvia» en el vaho y Tupper les había confesado que vendía Tupperware para poder pagarse los estudios.

—Vienen muy bien para guardar las galletas —dijo mientras sacaba un recipiente grande y rosa que llamó «caja para cereales». Metió un trozo de pizza y les enseñó a poner la tapa y a sellarlo—. Ya está. Ahora se conservará durante semanas, años... Venga, necesitáis uno. Seguro que vuestras madres siempre os están mandando galletas.

Tupper estaba en tercero. Era alto y delgado. Cuando volvió a ponerse la chaqueta vaquera mojada, las mangas le quedaban cortas y le sobresalían las muñecas. Se había sentado junto a Tib a un lado de la mesa y Elizabeth se había sentado enfrente. Había estado hablando con Tib casi toda la noche y, mientras pagaba la cuenta, se acercó a ella y le susurró algo. Elizabeth estaba segura de que la estaba invitando a salir, pero de vuelta a casa Tib le dijo: «Sabes qué quería, ¿no? Tu número».

Elizabeth se levantó y se puso el abrigo. Le devolvió el bolígrafo a la chica del jersey y la falda.

—Creo que voy a rellenarlo en casa y después lo traigo.

—Perfecto —dijo la chica.

* * * *

Cuando Elizabeth salió, había dejado de llover. Seguían desprendiéndose goterones de los árboles, que salpicaban al caer en la acera húmeda. Subió la avenida principal que llevaba hasta su antigua habitación, mirando al suelo para no pisar ninguna lombriz. Habían convertido la residencia en el Servicio Médico. Se detuvo durante un minuto bajo la ventana central, contemplando la que había sido su habitación y la de Tib.

Tupper había estado de pie en ese mismo punto, tirando piedrecitas a la ventana. Tib abrió la ventana y gritó:

—Más te vale que pares de lanzar piedrecitas, pedazo de... —algo la golpeó en el pecho en ese momento—. Ah, hola, Tupper —dijo. Recogió del suelo lo que le había tirado y se lo dio a Elizabeth—. Es para ti.

No era una piedra. Era un cacharro de plástico rosa, uno de los obsequios que repartía él en sus reuniones de Tupper.

—¿Qué se supone que es esto? —preguntó Elizabeth, asomándose a la ventana y saludando a Tupper. Llovía, y Tupper había vuelto el cuello de su chaqueta vaquera. Parecía estar helado. La acera a su alrededor estaba cubierta de aquellos pequeños obsequios de plástico rosas.

—Un regalo —dijo—. Es un separador de yemas.

—No tengo huevos.

—Entonces póngelo de collar. Así estaremos «revueltos» oficialmente.

—O separados.

Se agarró el pecho con la mano que tenía libre.

—¡Jamás! —dijo—. ¿Te vienes conmigo y las lombrices? Tengo que hacer unas entregas —levantó un puñado de bolsas de plástico llenas de tazones y cajas de cereales—.

—Ahora mismo bajo —dijo Elizabeth, pero antes buscó una cadena para colgarse el separador de yemas.

Elizabeth miró el cemento húmedo, pero no quedaba rastro de aquellos pequeños obsequios de plástico. Había un gran charco junto a la acera y una lombriz al filo del bordillo. Mientras la miraba, la lombriz se desplazó un poco, con ese espantoso movimiento blanducho que siempre la había asqueado, y luego se quedó quieta.

Una chica pasó deprisa por su lado, pisando el charco. Elizabeth dio un paso atrás para que el agua no la salpicara. Se formó una onda en el agua del charco. La lombriz rodó por el bordillo hasta caer en el arcén.

Elizabeth levantó la vista. La chica iba ya por la mitad de la avenida. Probablemente llegaba tarde a clase o estaba enfadada. O ambas cosas. Llevaba tacones, el uniforme de la Escuadrilla Ángel y el pelo corto y rubio peinado en capas hacia atrás, sobresaliendo de un gorro cuartelero.

Elizabeth se bajó de la acera. El arcén estaba atestado de hojas secas y lleno de agua. La lombriz yacía en el fondo. Elizabeth se agachó, sujetando el formulario con la mano derecha. La lombriz iba a ahogarse, ¿no? Era lo que Tupper le había dicho. Era común ver lombrices en las aceras cuando llovía porque sus túneles se inundaban. Si no salían al exterior, se ahogarían.

Se levantó y miró hacia la avenida, pero la chica ya se había ido y no había nadie más en el campus. Volvió a agacharse y, mientras sujetaba el formulario con una mano, metió la otra en el agua helada y la ahuecó para recoger la lombriz. Pensó que mientras no se moviera podría soportarlo. Pero en cuanto sus dedos rozaron la piel suave y rosada, la soltó de golpe y apretó el puño.

—No puedo hacerlo —dijo Elizabeth, frotándose la mano mojada en el chubasquero, como si pudiera borrar el recuerdo del tacto de la lombriz.

Agarró el formulario con las dos manos y lo metió en el agua como si fuera una cuchara. El papel se ablandó un poco, pero logró recoger a la lombriz de entre las hojas sucias y mojadas. Por fin, la puso de nuevo en la acera, pero no se movía.

—¡Y gracias a Dios que salen a las aceras! —había dicho Tupper mientras la acompañaba de vuelta a casa tras haber terminado sus entregas—. ¡Te parecen asquerosas, ahí tiradas! ¿Qué pasaría si no salieran? ¿Y si se quedaran en sus agujeros y se ahogaran? ¿Alguna vez has tenido que hacerle el boca a boca a una lombriz?

Elizabeth se irguió. El formulario estaba mojado y sucio. Había una mancha marrón donde había estado la lombriz, y una marca de barro en la parte superior. Lo mejor sería que lo tirara y que volviera al edificio Carter a pedir otro. Lo desdobló y separó las páginas mojadas con cuidado para que no se pegaran al secarse.

—Tuve una clase de primeros auxilios el semestre pasado y practicamos el boca a boca —le había dicho Tupper a Elizabeth, en mitad de la calle, frente a su dormitorio—. ¡Fue una clase estupenda! Vendí veintidós fiambreras para guardar kits contra mordeduras de serpiente. ¿Tú sabes hacer el boca a boca?

—No.

—Es fácil —dijo Tupper. Posó su mano en la nuca de Elizabeth y la besó bajo la lluvia en mitad de la calle.

La lombriz seguía sin moverse. Elizabeth se quedó observándola un poco más, sintiendo el frío. Luego siguió su camino y se dirigió a casa, caminando por la calzada.

* * * *

Paul no volvió a casa hasta después de la hora de la cena. Elizabeth le había dejado un guiso en el horno para que no se enfriara.

—Ya he comido —dijo—. Pensaba que ibas a ir a la reunión de Tupper.

—No me apetece ir —dijo ella, acercándose al horno para sacar el guiso. Era la primera vez en todo el día que sentía un poco de calor.

—La mujer de Brubaker va y le dije que tú también irías. Quiero que la conozcas. Brubaker tiene mucha influencia en las plazas de profesor fijo.

Elizabeth dejó el guiso encima de la hornilla y se quedó allí, junto a la puerta del horno entreabierta.

—Hoy he ido a por la solicitud de trabajo —dijo—, y me he encontrado una lombriz. Se había caído en la alcantarilla y se estaba ahogando, así que la cogí y la puse de nuevo en la acera.

—¿Y has entregado la solicitud o crees que te pagarán por salvar lombrices?

Elizabeth había encendido la caldera al llegar a casa y había puesto el formulario en la salida del aire caliente, pero al secarse se había arrugado. También había una mancha enorme en el centro, justo donde había estado la lombriz.

—No —dijo Elizabeth—. Iba a hacerlo, pero cuando estaba en el campus, vi a la lombriz esa tirada en la acera. Una chica pasó al lado y pisó un charco, y no hizo falta nada más. La lombriz estaba justo en el bordillo, así que cuando la chica pisó el charco se produjo una especie de ola que la hizo caerse dentro. Ni siquiera se dio cuenta de lo que había hecho.

—¿Toda esta historia tiene algún sentido o es que has decidido quedarte aquí hablando hasta arruinar por completo mi oportunidad de que me hagan fijo? —Paul apagó el horno y se fue al salón. Ella lo siguió.

—Lo único que hizo falta fue que alguien pasara por el lado y pisara un charco para cambiar por completo la vida de la lombriz. ¿Crees que las cosas funcionan así? ¿Que un pequeño gesto puede cambiar tu vida para siempre?

—Lo que creo —dijo—, es que no querías mudarte aquí desde el principio, así que has decidido boicotearme los planes. Sabes muy bien lo que nos está costando esta mudanza, pero no te pones a buscar trabajo. Sabes de sobra lo importante que es que me hagan fijo, pero no haces nada por ayudar. ¡Ni siquiera eres capaz de ir a esa reunión de mierda! —Bajó el termostato—. Esto parece un horno. Lo has puesto a veinticuatro grados. ¿Se puede saber qué es lo que te pasa?

—Tenía frío —dijo Elizabeth.

* * * *

Llegó tarde a la reunión. Estaban jugando a un juego en el que tenían que decir su nombre y algo que les gustara que comenzara por la misma letra.

—Me llamo Sandy —dijo una mujer gruesa que llevaba unos pantalones de poliéster marrones y una blusa con estampado ocre—, y me gustan los suflés. —Señaló a la vecina de Elizabeth. —Tú eres Meg y te gustan los merengues, y tú eres Janice —añadió, dirigiendo una mirada airada a una mujer de traje rosa que llevaba el pelo cardado y fijado con laca, justo como solían llevarlo las chicas cuando Elizabeth estaba en el colegio—. Tú eres Janice y te gusta Jesús —dijo Sandy, pasando rápidamente a la siguiente persona—. Y tú eres Bárbara y te gustan las bananas.

Dio toda la vuelta al círculo hasta llegar a Elizabeth. Se desconcertó durante un segundo y dijo: —Y tú eres Elizabeth e hiciste la carrera aquí, ¿no?

—Sí —respondió ella.

—Eso no empieza por la «E» —espetó la mujer del centro. Todas se rieron—. Yo soy Terry y me gustan los tuppens —dijo, y se rieron aún más—. Has llegado tarde. Levántate y di tu nombre y algo que te guste.

—Me llamo Elizabeth —dijo, intentando recordar de qué conocía a la mujer de los pantalones marrones. Sandy. —Y me gusta... —No se le ocurría nada con la «E».

—La ensalada —susurró Sandy con energía.

—Y me gusta la ensalada —continuó Elizabeth antes de sentarse de nuevo.

—Estupendo —dijo Terry—. Las demás han recibido un pequeño obsequio, así que tú no vas a ser menos —le dio a Elizabeth un separador de yemas de plástico de color rosa.

—Ya me dieron uno de estos una vez.

—No pasa nada —afirmó Terry. Le dio una pequeña caja de plástico llena de soportes para cepillos de dientes y peladores de fruta—. Puedes dejarlo ahí y coger otra cosa si ya tienes uno.

—No. Me lo quedo.

Sabía que debía decir algo que sonara natural y divertido, algo apropiado para la situación, pero lo único que se le venía a la cabeza era lo que le había dicho a Tupper cuando le dio el separador de yemas: «Lo guardaré como un tesoro». Al mes siguiente ya lo había tirado.

—Lo guardaré como un tesoro —dijo Elizabeth. Todas se rieron.

Jugaron a adivinar palabras desordenadas como «otoño», «seminarios» y «hoja». Después, Terry repartió formularios y lápices y les enseñó los productos de Tupperware.

Hacía frío en la casa a pesar de que la vecina de Elizabeth tenía la chimenea encendida. Tras haber rellenado el formulario se sentó frente al fuego, observando el separador de yemas de plástico.

La mujer de los pantalones marrones se acercó. Llevaba una taza de café en la mano y un brownie en una servilleta. —¡Hola! Soy Sandy Konkell. No te acuerdas de mí, ¿verdad? —dijo—. Estaba en la sororidad Alpha Phi. Hice mi juramento justo un año después que tú.

Elizabeth la miró fijamente, intentando acordarse de ella. No tenía el aspecto de una antigua miembro de la sororidad. Parecía que ella misma se había cortado su pelo color mostaza —. Perdona, pero es que... —dijo Elizabeth.

—No pasa nada —dijo Sandy, sentándose a su lado—. He cambiado mucho. Antes de todas estas reuniones de Tupper y los brownies solía estar delgada. Y era mucho más rubia. En realidad, nunca he sido muy rubia, pero lo parecía. No sé si entiendes a lo que me refiero. Tú sí que estás igual. Eras Elizabeth Wilson, ¿no?

Elizabeth asintió.

—Digamos que no soy precisamente un hacha recordando nombres —dijo con tono animado—, pero como este año me ha tocado ser representante de la asociación de antiguos alumnos, algunos se me han quedado. ¿Podría pasarme mañana por tu casa para que me cuentes un poco sobre ti, a qué te dedicas y quién es tu marido? ¿Es también un antiguo alumno?

—No —dijo Elizabeth, estirando las manos hacia el fuego para calentarlas— ¿Todavía existe el programa de la Escuadrilla Ángel en el campus?

—Supongo que te refieres a la universidad —dijo Sandy con una sonrisa—. Ahora ya es una universidad. Vaya, pues no lo sé. Cancelaron todo eso de los programas ROTC de las Fuerzas Aéreas en el sesenta y ocho. No sé si lo habrán vuelto a poner en marcha, pero puedo enterarme. ¿Tú estabas en la Escuadrilla Ángel?

—No —respondió Elizabeth.

—Pues mira, ahora que lo pienso, no creo que siga funcionando. Solían hacer aquel gran baile de otoño, y no recuerdo que lo hayan vuelto a celebrar desde... ¿Cómo era? ¿El Nosequé de Otoño?

—El Baile de la Cosecha —dijo Elizabeth.

* * * *

El jueves por la mañana, Elizabeth se encaminó de nuevo al campus a recoger otra solicitud de trabajo. Paul había salido tarde al trabajo.

—¿Hablaste con la mujer de Brubaker? —le había preguntado a Elizabeth mientras salía por la puerta. Elizabeth se había olvidado por completo de la señora Brubaker. No sabía quién podía ser, si Bárbara a la que le gustaban las bananas o Meg a la que le gustaban los merengues.

—Sí —contestó—. Le dije lo mucho que te gusta la universidad.

—Estupendo. Algunos docentes dan un concierto mañana por la noche. Brubaker me ha preguntado si vamos a ir. Les he invitado a tomar un café aquí después. ¿Has vuelto a subir la calefacción? —dijo. Miró el termostato y bajó la temperatura a dieciséis grados—. Lo tenías a veintisiete grados. Ya verás cuando llegue la primera factura del gas. Lo último que necesito ahora mismo es una factura de doscientos dólares, Elizabeth. ¿Es que no sabes cuánto nos está costando mudarnos?

—Sí —contestó Elizabeth—. Lo sé.

Volvió a subir la temperatura en cuanto Paul se fue, pero no pareció servir de mucho. Se puso un jersey y el chubasquero y se dirigió al campus.

Había dejado de llover durante la noche, pero la avenida principal seguía mojada. Al otro lado, una chica con un chubasquero amarillo se subió a la acera. Dio unos pasos por ella con la cabeza gacha, como si estuviera mirando algo en el suelo. Luego cruzó por la hierba húmeda para acortar el camino hasta el edificio Gunter.

* * * *

Elizabeth entró en el edificio Carter. La chica que la había ayudado el día anterior estaba apoyada en el mostrador, tomando apuntes de un libro de texto. Llevaba una falda plisada y un jersey como los que tenía Elizabeth en la universidad.

—Ha vuelto la ropa que llevábamos antes. —le había dicho Tib cuando almorzaron juntas—. Esos conjuntos de jersey y falda a juego y las horribles bailarinas que te «bailaban» constantemente en los pies. Y los mocasines —. Ya iba por su tercer daiquiri de melocotón y su voz se había ido calmando con cada uno de ellos, tanto que casi hablaba como la Tib de antes—. ¡Y qué me dices de los vestidos de fiesta! ¿Recuerdas aquel vestido cobrizo que tenías, el del escote redondo y la falda larga con estampado de brocado? Siempre me encantó. ¿Te acuerdas de cuando me lo prestaste para el baile de la Escuadrilla Ángel?

—Sí —dijo Elizabeth, cogiendo la cuenta.

Tib intentó remover su daiquiri de melocotón con la ramita de menta, pero se le escapó de los dedos y se hundió en el fondo de la copa.

—Sabes que él sólo me llevó al baile por ser amable conmigo, ¿verdad?

—Ya lo sé —dijo Elizabeth—. Bueno, ¿cuánto es mi parte? Seis con cincuenta por la comida y dos por la bebida. ¿Hay que poner también la propina?

—Necesito otra solicitud de trabajo —le pidió Elizabeth a la chica.

—Sin problema.

Cuando la chica se acercó a los ficheros para cogerla, Elizabeth pudo ver que llevaba unas bailarinas como las que solía llevar ella en la universidad. Le dio las gracias y guardó la solicitud en el bolso.

Elizabeth pasó por delante de su residencia. La lombriz seguía allí tirada. Tenía un tono rojo más oscuro de lo normal y la acera estaba casi seca a su alrededor. «Tendría que haberla dejado en la hierba», dijo en voz alta. Sabía que estaba muerta, pero aun así la recogió y la puso en la hierba para que nadie la pisara. La notó fría en sus dedos.

* * * *

Sandy Konkel se pasó por la tarde. Iba vestida con un traje de poliéster gris y llevaba una sudadera de instituto mojada sobre la cabeza.

—John me ha dejado su sudadera —dijo—. No iba a ponerme un abrigo esta mañana, pero John me dijo que me iba a empapar. Y mírame.

—A lo mejor se la va a tener que poner —dijo Elizabeth—. Siento que haga tanto frío aquí dentro. Creo que le pasa algo a la caldera.

—Estoy bien —respondió Sandy—. ¿Sabes qué? Fui yo la que escribió aquel artículo sobre el nuevo puesto de vicedecano de tu marido. Le pregunté por ti, pero no dijo nada de que hubieras estudiado aquí.

Sandy llevaba un cuaderno grueso. Estaba dividido en secciones.

—Primero deberíamos quitarnos de en medio todo este asunto de los antiguos alumnos, y luego ya podremos hablar. Ser la representante de la asociación de antiguos alumnos es una pesadilla, pero he de reconocer que me encanta saber qué ha sido de cada uno de ellos. A ver —dijo, hojeando las secciones—. Localizados, perdidos, irremediabilmente perdidos y fallecidos. Creo que tú eres una de las irremediabilmente perdidas, ¿verdad? Vale —rebuscó en su bolso y sacó un lápiz—. Tú eras Elizabeth Wilson.

—Sí —respondió Elizabeth—. Wilson era mi apellido de soltera—. Elizabeth se había cambiado el jersey fino por uno de lana gruesa al llegar a casa, pero seguía teniendo frío. Se frotó los brazos con las manos—. ¿Quiere café?

—Vale —respondió Sandy. Siguió a Elizabeth hasta la cocina y le hizo preguntas sobre Paul y su trabajo y sobre si tenían hijos o no. Mientras, Elizabeth preparó el café, la crema y el azúcar, y sacó un plato con las galletas que había horneado para después del concierto.

—Voy a leerte algunos de los nombres de la lista de los irremediabilmente perdidos. Si sabes algo de alguno de ellos, párame. Carolyn Waugh, Pam Callison, Linda Bohlender... —Ya había dicho varios nombres después de Cheryl Tibner cuando Elizabeth se dio cuenta de que era Tib.

—Vi a Tib en Denver este verano —dijo—. Su nombre de casada es Scates, pero va a divorciarse y no sé si va a recuperar su nombre de soltera o no.

—¿A qué se dedica? —preguntó Sandy.

«Bebe demasiado, se ha dejado crecer el pelo y está demasiado delgada», pensó Elizabeth.

—Trabaja para un agente de bolsa —contestó, y fue a por la dirección que le había dado Tib. Sandy la anotó, pasó a la sección marcada como «Localizados» y volvió a escribir el nombre y la dirección.

—¿Quiere más café, señora Konkel? —preguntó Elizabeth.

—Todavía no te acuerdas de mí, ¿verdad? —dijo Sandy. Se levantó y se quitó la sudadera. Debajo llevaba una camiseta de punto gris de manga corta—. Yo compartía habitación con Karen Zamora. ¿Sondra Dickeson?

Sondra Dickeson. Tenía el pelo de un tono rubio claro con un corte a tazón. Solía llevar un jersey de cachemira blanco como la nieve y una falda blanca con un pliegue trasero a juego. Completaba el conjunto un par de tacones negros y un collar de perlas auténticas.

Sandy se rio.

—Tendrías que ver la cara que se te ha puesto. Ahora sí que te has acordado, ¿no?

—Lo siento. Es que no... Debería haberme...

—Escúchame. No pasa nada —dijo. Le dio un sorbo al café—. Al menos no has soltado un «¿Cómo has podido dejarte tanto?» como hizo Janice Brubaker. —Le dio un mordisco a una galleta—. Bueno, ¿no vas a preguntarme qué le pasó a Sondra Dickeson? Es una historia de lo más interesante.

—¿Qué le pasó? —preguntó Elizabeth. De repente sintió más frío. Se sirvió otra taza de café y volvió a sentarse, rodeando la taza con las manos para entrar en calor.

Sandy se comió la galleta y cogió otra.

—Bueno, no sé si te acuerdas, pero yo era muy pija por aquel entonces. Iba a ir a un baile de la fraternidad Sigma Chi con Chuck Pagano. ¿Te acuerdas de él? Bueno, en fin. Estábamos yendo al baile, que era en pleno campo, y él paró el coche. Empezó a comportarse como un baboso y me enfadé porque me estaba estropeando el peinado y el maquillaje, así que salí del coche. Y él se fue con el coche. Así que ahí me quedé, en mitad de la nada, con un vestido de fiesta y en tacones. Ni siquiera había cogido mi bolso ni nada, y estaba oscureciendo, y Sondra Dickeson es tan pija que ni siquiera se le ocurre volver andando o intentar buscar un teléfono o algo, no. Simplemente se queda ahí de pie como una imbécil con su vestido de brocado, su ramillete de orquídeas en la muñeca y sus taconcitos de satén teñido, pensando «No puede hacerme esto. ¿Quién se cree que es?».

Hablaba de ella misma como si fuera otra persona. Y hasta cierto punto lo había sido, supuso Elizabeth: una rubia platino con un corte a tazón y un vestido como el que Elizabeth le había prestado a Tib para el Baile de la Cosecha, con corpiño de satén rojizo y una falda acampanada esculpida en una cobriza tela de brocado. Tras el baile, Elizabeth lo donó al Ejército de Salvación.

—¿Y volvió Chuck al final? —preguntó Elizabeth.

—Sí —respondió Sandy frunciendo el ceño. Luego sonrió—. Pero era demasiado tarde. En fin, estaba oscureciendo cuando se paró un camión con las luces apagadas a mi lado. Se asomó un tío y me dijo: «Buenas, guapa. ¿Te doy un garbeo?». —Sandy le sonrió a su taza de café, como si todavía pudiera escuchar aquellas palabras—. Era espantoso. Tenía el pelo hasta las orejas y las uñas negras. Se limpió la mano en la camisa y me ayudó a subirme al camión. Por poco se queda con mi brazo en la mano. Luego me dijo: «Por un momento pensé que iba a tener que empujarte por detrás. Tienes suerte de que haya pasado por aquí, ¿sabes? No me gusta salir de noche porque no tengo luces, pero tenía una rueda pinchada».

«Es feliz» pensó Elizabeth, poniendo la mano sobre la taza para intentar calentarse con el vapor.

—Me llevó a mi casa y le di las gracias. Una semana después apareció en la residencia de Alpha Phi y me pidió una cita, y me sorprendió tanto que acepté. Al final me casé con él y ahora tenemos cuatro hijos.

La caldera se encendió y Elizabeth pudo notar el aire que salía de la rejilla de ventilación bajo la mesa, pero lo notó frío. —¿Saliste con él? —preguntó.

—Es difícil de creer, ¿verdad? O sea, a esa edad no piensas en otra cosa que no sea en ti misma. Te preocupa tanto que se rían de ti o que te hagan daño que no eres capaz de ver a nadie más. Cuando una de mis hermanas de la sororidad me dijo que él estaba abajo, lo único que se me vino a la cabeza fue la pinta que debía tener, con el pelo mojado y peinado hacia atrás y limpiándose sus uñas negras con una navaja; y qué diría la gente. Casi le pedí que le dijera que no estaba.

—¿Qué habría pasado entonces?

—Supongo que seguiría siendo Sondra Dickeson, la pija engreída. Algo mucho peor que la muerte.

—Mucho peor que la muerte —repitió Elizabeth casi para sí misma, pero Sandy no la escuchó. Estaba totalmente sumergida en su historia, que contaba cada vez que alguien nuevo se mudaba a la ciudad. Con razón le gustaba ser representante de antiguos alumnos.

—Mi hermana de la sororidad me dijo: «Tiene mucho valor viniendo aquí con esas pintas y creyendo que vas a salir con él», y pensé en él, allí sentado mientras se reían de él y le hacían daño. La mandé a la porra y bajé las escaleras. Y eso fue todo —miró el reloj de la cocina—. Madre mía, ¿ya es tan tarde? Ya mismo tengo que ir a recoger a los niños —recorrió con el dedo la lista de irremediabilmente perdidos—. ¿Sabes algo de Dallas Tindall, May Matsumoto o Ralph DeArvill?

—No —respondió Elizabeth—. ¿Aparece Tupper Hofwalt en esa lista?

—Hofwalt —hojeó varias páginas—. ¿Su nombre de pila era Tupper?

—No. Phillip. Pero todos lo llamaban Tupper porque vendía tupper.

Sandy levantó la mirada.

—Me acuerdo de él. Organizó una reunión de Tupper en mi residencia cuando yo estaba en primero de carrera —volvió a la sección de alumnos localizados y empezó a hojearla.

Tupper había convencido a Elizabeth y Tib de hacer otra reunión en su residencia. «Como coanfitrionas que sois, podréis acumular puntos para ganar una palomitera», había dicho. «Lo único que tenéis que hacer es traer algo para beber y picar. Vuestras madres siempre os mandan galletas, ¿verdad? Y os deberé un gran favor».

Celebraron la reunión en el salón de la residencia. Tupper colgó nombres de gente famosa en la espalda de cada uno de los asistentes y ellos tenían que adivinar quién les había tocado haciendo preguntas sobre su personaje.

A Elizabeth le había tocado Twiggy.

—¿Soy una chica? —le preguntó a Tib.

—Sí.

—¿Soy guapa?

—Sí —contestó Tupper antes de que Tib pudiese decir nada.

Cuando Elizabeth consiguió adivinarlo, se acercó y se agachó junto a la mesita donde Tupper estaba colocando su exposición de recipientes de plástico.

—¿De verdad piensas que Twiggy es guapa? —le preguntó.

—¿Quién ha dicho nada de Twiggy? —respondió—. Mira, quería decirte...

—¿Estoy vivo? —le preguntó entonces Sharon Oberhausen.

—No lo sé —respondió Elizabeth—. Date la vuelta para que vea quién eres.

En el papelito colgado en su espalda se leía «Mick Jagger».

—No sabría qué decirte —dijo Tupper.

Tib era King Kong y le llevó una eternidad adivinarlo.

—¿Soy alto? —preguntó.

—¿En comparación con qué? —dijo Elizabeth.

Tib puso los brazos en jarra.

—No sé. El edificio Empire State.

—Sí —afirmó Tupper.

A Tupper le había costado mucho conseguir que dejaran de hablar para poder enseñarles los recipientes para la mantequilla, los portatartas y los moldes para polos. Mientras rellenaban sus pedidos, Sharon Oberhausen se dirigió a Tib:

—¿Sabes ya con quién vas a ir al Baile de la Cosecha?

—Sí —le respondió Tib.

—Ojalá yo tuviera con quien ir —dijo Sharon, inclinándose hacia ella.

—Elizabeth, ¿eres consciente de que si perteneces a la Escuadrilla Ángel y no llevas acompañante te ponen de guardia el fin de semana? ¿Con quién vas a ir, Tib?

—A ver, chicas —dijo Tib—, cuanto más compréis, más posibilidades tendremos de conseguir la palomitera, que estamos dispuestas a compartir.

Habían comprado tarta y helado con pepitas de chocolate. Elizabeth troceó la tarta en la diminuta cocina de la residencia y Tib la repartió en los platos.

—No me habías dicho que ya tenías acompañante para el Baile de la Cosecha —dijo Elizabeth—. ¿Quién es? ¿Aquel chico que estaba en tu clase de Psicología de la Educación?

—No —respondió Tib, escarbando en el helado con una cuchara de plástico.

—Entonces, ¿quién es?

Tupper apareció en la cocina con un catálogo.

—Solo os quedan veinte puntos para conseguir la palomitera —dijo—. ¿Sabéis lo que necesitáis de verdad? —dobló la página y señaló una caja blanca de plástico—. Un recipiente para guardar helado. Tiene capacidad para casi dos litros de helado y, cuando quieras un poco, lo único que tienes que hacer es deslizar esta pestaña hacia afuera —señaló un rectángulo plano de plástico— y cortarte un trozo. Se acabó lo de escarbar y mancharse las manos.

Tib se lamió un poco de helado que tenía en los nudillos.

—Pero si esa es la mejor parte.

—Tupper, vete de aquí —espetó Elizabeth—. Tib está intentando contarme quién es su acompañante para el Baile de la Cosecha.

Tupper cerró el catálogo.

—Soy yo.

—Vaya —soltó Elizabeth. En ese momento, Sharon asomó la cabeza por la esquina.

—Tupper, ¿cuándo tenemos que pagar todo esto? —preguntó—. ¿Y cuándo vamos a comer algo?

—Para comer hay que pagar antes —respondió Tupper, y se dirigió de vuelta al salón. Elizabeth deslizó el cuchillo de plástico por la parte superior de la tarta, formando líneas perfectamente rectas en el glaseado. Después de dividir la tarta en cuadrados, cortó el trozo de la esquina y lo colocó en el plato de cartón junto al helado derretido.

—¿Sabes lo que te vas a poner? —le preguntó Elizabeth a Tib—. Te puedo prestar mi traje cobrizo.

Sandy la estaba mirando, con el grueso cuaderno abierto casi por la última página.

—¿Conocías bien a Tupper? —preguntó.

El café de Elizabeth estaba helado, pero colocó la mano por encima, como si estuviera intentando atrapar el vapor.

—No mucho. Salía con Tib.

—Está en la lista de personas fallecidas, Elizabeth. Se quitó la vida hace cinco años.

* * * *

Paul no llegó a casa hasta pasadas las diez. Elizabeth estaba sentada en el sofá, envuelta en una manta. Se dirigió directo al termostato y bajó la temperatura.

—¿A qué temperatura tienes esto puesto? —lo miró entrecerrando los ojos—. Veintinueve grados. Bueno, al menos no tengo que preocuparme de que vayas a morir congelada. ¿Llevas todo el día ahí sentada?

—La lombriz murió —respondió Elizabeth—. A pesar de todo, no logré salvarla. Tendría que haberla puesto en la hierba.

—Ron Brubaker me ha dicho que hay una vacante para el puesto de secretaria en la oficina del decano. Le dije que presentarías tu solicitud. Lo has hecho, ¿verdad?

—Sí —afirmó ella.

Poco después de que Sandy se marchara, Elizabeth había sacado la solicitud de su bolso para rellenarla en la mesa de la cocina. La tenía casi completa cuando se dio cuenta de que se trataba de una solicitud de retención de fondo de pensiones.

—Sandy Konkkel ha estado aquí hoy —dijo Elizabeth—. Me ha contado que conoció a su marido en un camino de tierra y que ambos estaban allí por casualidad, puro albur. Él ni siquiera tenía planeado pasar por allí. Como la lombriz. Tib simplemente pasó por su lado, sin siquiera saber que lo había hecho, pero la lombriz estaba demasiado cerca del borde, y cayó al agua y se ahogó —comenzó a llorar. Sentía las lágrimas frías caer por sus mejillas—. Se ahogó.

—¿Qué has estado haciendo con Sandy Konkkel? ¿Sacar el vino de cocinar y recordar viejos tiempos?

—Sí —respondió—. Los viejos tiempos.

* * * *

Por la mañana, Elizabeth devolvió la solicitud de retención de fondo de pensiones. Había estado lloviendo a ratos toda la noche y hacía más frío. Incluso había parches de hielo en la avenida central.

—La tenía casi completa cuando me di cuenta de lo que era —le explicó a la chica de la oficina. Cuando Elizabeth llegó, un chico con una camisa abotonada y unos pantalones color caqui estaba apoyado en el mostrador. La chica estaba de espaldas, ordenando unos papeles.

—No sé por qué estás tan enfadada —había dicho el chico, justo antes de darse cuenta de que Elizabeth estaba allí—. Tienes una clienta —dijo alejándose del mostrador.

—Estos estúpidos formularios parecen todos iguales —le explicó la chica, entregándole a Elizabeth la solicitud. Acto seguido, cogió una pila de libros.

—Tengo clase. ¿Necesita algo más?

Elizabeth negó con la cabeza y se apartó del mostrador para que el chico pudiera terminar su conversación con ella, pero la chica ni lo miró. Guardó los libros en una mochila, se la colgó al hombro y salió por la puerta.

—¡Oye! Espera un momento —le pidió el chico, y comenzó a seguirla.

Cuando Elizabeth salió, ya iban a mitad de camino y el chico tenía cogida la mochila de ella. Elizabeth oyó que el chico decía:

—Sí. La invité a salir una vez o dos, ni que hubiera matado a alguien.

La chica arrancó la mochila de su mano para zafarse de él y empezó a caminar hacia la antigua residencia de Elizabeth. Enfrente del edificio, una chica con un chubasquero amarillo estaba hablando con otra de pelo rubio, corto y recogido. La chica del chubasquero se giró repentinamente y comenzó a bajar la avenida.

Un chico en bicicleta pasó junto a Elizabeth, golpeándola en el codo y haciendo que el formulario se le cayera de la mano. Consiguió agarrarlo antes de que tocara el suelo.

—Perdona —le dijo el chico sin ni siquiera volver la cabeza. Llevaba una chaqueta vaquera, con unas mangas muy cortas de las que sobresalían unas muñecas huesudas. Estaba sujetando la bici con una sola mano y en la otra sostenía una gran bolsa de plástico llena de recipientes rosas y verdes. Eso era lo que la había golpeado.

—Tupper —dijo Elizabeth, y comenzó a correr tras él.

Antes incluso de saber que iba a caer, ya estaba tirada sobre el hielo, con las manos extendidas sobre la acera y un pie doblado bajo su propio cuerpo.

—Señora, ¿se encuentra bien? —le preguntó el chico de la camisa abotonada. Se arrodilló frente a ella, lo que le impedía ver la avenida.

«Tupper también me habría llamado “señora”», pensó. «Ni siquiera me reconocería».

—No debería correr por la acera. Resbala como un demonio.

—Pensé que había visto a alguien conocido.

El chico se giró, manteniendo el equilibrio con la palma de la mano y echó un vistazo a la larga avenida. Ya no había nadie en ella.

—¿Cómo iba vestido? Quizá todavía pueda alcanzarlo.

—No —respondió Elizabeth—. Se fue hace mucho tiempo.

En ese momento, se acercó la chica del mostrador.

—¿Debería llamar a urgencias o algo? —preguntó.

—No sé —le respondió él, y se giró hacia Elizabeth—. ¿Puede levantarse? —le preguntó, cogiéndola por debajo del brazo para ayudarla a incorporarse. Elizabeth intentó que su pie volviese a su posición natural, pero no lo consiguió. El chico trató de levantarla de nuevo, esta vez desde atrás, colocando las manos bajo los brazos de Elizabeth y tirando hacia arriba. Entonces trató de sostenerla en vilo mientras se movía para sujetarla desde el lado dolorido. Elizabeth se apoyó en él sin pudor, temblando.

—Si me sostienes los libros y el bolso de la señorita, creo que puedo llevarla al Servicio Médico —le pidió a la chica—. ¿Cree que puede caminar hasta allí?

—Sí —respondió Elizabeth. El chico se colocó el brazo de Elizabeth alrededor del cuello mientras que la chica cogía el bolso y la solicitud.

—Yo estudié aquí. La avenida principal estaba calefactada entonces —no podía apoyar el pie—. Todo está igual. Incluso los estudiantes parecen los mismos. Las chicas llevan las mismas faldas y jerséis que solíamos llevar nosotras, y esas bailarinas en las que te «bailaba» el pie. Los chicos llevan camisas abotonadas y chaquetas vaqueras, al igual que muchos de los que conocí cuando estudiaba aquí, y no es justo. No dejo de pensar que me estoy cruzando con alguien que conocía de antes.

—Ya imagino —dijo el chico con educación. Cambió su peso de lado, levantándola para que el brazo de Elizabeth se mantuviera firme sobre su hombro.

—Puedo ir a por una silla de ruedas. Seguro que me prestan una —dijo la chica con tono de preocupación.

«Sabes perfectamente que no pueden ser ellos, aunque sean exactamente iguales. La diferencia es que nunca los vas a volver a ver. Ni siquiera sabrás qué fue de ellos». Pensó que se estaba volviendo loca, pero en lugar de eso, su voz se fue acallando cada vez más y sus palabras parecían desvanecerse hasta quedar en nada. Ni siquiera sabía si las había dicho en alto.

El chico la subió por las escaleras hasta el Servicio Médico.

—No deberías dejarlos escapar —dijo Elizabeth.

—No —respondió el chico, sentándola en el sofá—. Supongo que no.

—Se resbaló con el hielo en la avenida central —le explicó la chica a la recepcionista—. Puede que tenga el tobillo roto. Le duele mucho.

Se acercó a Elizabeth.

—Yo me puedo quedar con ella —dijo el chico—. Sé que tienes clase.

La chica comprobó su reloj.

—Es verdad. Psicología de la Educación. ¿Está segura de que va a estar bien? —le preguntó a Elizabeth.

—Estoy bien. Muchas gracias a los dos por ayudarme.

—¿Sabe cómo va a volver a casa? —quiso saber el chico.

—Llamaré a mi marido para que venga a recogerme. No tenéis por qué quedaros, de verdad. Estoy bien, en serio.

—De acuerdo —dijo el chico antes de levantarse—. Vámonos —le dijo a la chica—. Te acompañaré a clase para explicarle al viejo Harrigan que estabas ejerciendo de ángel de la guarda —cogió a la chica del brazo y esta le sonrió.

Finalmente, se marcharon, y la recepcionista le trajo a Elizabeth un portapapeles con unos cuantos formularios.

—Estaban discutiendo —dijo Elizabeth.

—Bueno, fuese lo que fuese, yo diría que ya se ha acabado.

—Sí —respondió Elizabeth. «Gracias a mí. Porque me he resbalado con el hielo».

—Yo estuve viviendo en esta residencia —dijo Elizabeth—. Este era el salón.

—Vaya —respondió la recepcionista—. Seguro que ha cambiado mucho desde entonces.

—No —dijo Elizabeth—. Está exactamente igual.

Donde ahora estaba la mesa de recepción, solía haber una mesa con un teléfono en la que se registraban las entradas y salidas de la residencia y, en el otro extremo, el sofá donde ella y Tib habían estado sentadas durante la reunión de Tupper. Tupper también había estado sentado allí vestido de esmoquin cuando Elizabeth bajó para ir a la biblioteca.

La recepcionista la estaba examinando.

—Le tiene que doler —le dijo.

—Sí —le respondió Elizabeth.

Elizabeth tenía pensado estar ya en la biblioteca para cuando Tupper llegara, pero este se había adelantado media hora. Tupper se levantó cuando la vio en las escaleras y le dijo:

—He estado llamándote esta tarde. Me preguntaba si querrías venir a estudiar mañana a la biblioteca conmigo.

Le había traído un ramillete a Tib en una caja blanca. Se acercó y se quedó a los pies de las escaleras, sosteniendo la caja con ambas manos.

—Voy esta noche a la biblioteca a estudiar —dijo Elizabeth. Bajó las escaleras y pasó a su lado, temiendo que la detuviera, pero él tenía las manos ocupadas sosteniendo la caja del ramillete—. Creo que Tib no está lista todavía.

—Lo sé. He venido antes porque quería hablar contigo.

—Sería mejor que la avisaras para que sepa que estás aquí —dijo Elizabeth, y salió por la puerta.

Ni siquiera se acordó de anotar su salida, lo que le podría haber traído problemas con la encargada de la residencia. Más tarde se dio cuenta de que Tib ya lo había hecho por ella.

La recepcionista se puso de pie.

—Voy a ver si el Dr. Larenson puede atenderla ahora —dijo—. Debe dolerle muchísimo.

Se había torcido el tobillo, así que el médico lo envolvió con una venda elástica. En ese momento sonó el teléfono y el médico dejó a Elizabeth sentada en la camilla con el pie en alto mientras acudía a responder la llamada.

El día después del baile, Tupper había llamado a Elizabeth.

—Dile que no estoy —le pidió Elizabeth a Tib.

—Díselo tú —le respondió Tib, poniéndole el teléfono en la mano.

Elizabeth se acercó el auricular a la oreja y contestó:

—No quiero hablar contigo, pero Tib también está aquí. Seguro que ella sí que quiere —le devolvió el teléfono a Tib y salió de la habitación. Elizabeth ya había cruzado medio campus cuando Tib consiguió alcanzarla.

Había refrescado por la noche y un fuerte viento hacía que las hojas caídas revolotearan por la hierba. Tib le había traído a Elizabeth su abrigo.

—Gracias —dijo Elizabeth, y se lo puso.

—Al menos sé que no eres tonta de remate —le dijo Tib—. Aunque te falta poco.

Elizabeth hundió las manos en los bolsillos del abrigo.

—¿Qué quería Tupper? ¿Pedirte otra cita? ¿Llevarte a una de sus reuniones de Tupper?

—No fue él quien me pidió que lo acompañase al Baile de la Cosecha. Fui yo. Necesitaba un acompañante para que no me pusieran de guardia durante el fin de semana, así que se lo pedí. Luego temí que no lo entendieras.

—¿Entender qué? —dijo Elizabeth—. Tú puedes salir con quien te dé la gana.

—No quiero salir con Tupper, y lo sabes. Si no cambias de actitud, tendré que buscarme otra compañera de habitación.

Entonces Elizabeth lo dijo, sin pararse a pensar en la importancia que pueden tener esos pequeños detalles, en cómo colgar un teléfono o un pinchazo o cualquier comentario puede salpicar en todas direcciones y arrastrarte al abismo:

—Puede que sea lo mejor.

Estuvieron conviviendo en absoluto silencio durante dos semanas. La compañera de habitación de Sharon Oberhausen no volvió después de Acción de Gracias, así que Tib se mudó con ella hasta el final del trimestre. Elizabeth, por su parte, hizo su juramento a Alpha Phi y se trasladó a la residencia de la sororidad.

Finalmente, el médico volvió y terminó de vendarle el tobillo.

—¿Tiene quien la lleve a casa? Le voy a dar unas muletas, pero no quiero que ande más de lo estrictamente necesario.

—No se preocupe, llamaré a mi marido.

El médico la ayudó a bajar de la camilla y a apoyarse sobre las muletas. Luego la acompañó a la sala de espera y marcó el código en el teléfono para que Elizabeth pudiera hacer una llamada externa.

Ella marcó su propio número y le pidió al tono de llamada que fuera a recogerla.

—Pasaré a recogerme enseguida —le dijo Elizabeth a la recepcionista—. Voy a esperarlo fuera.

La recepcionista la ayudó a cruzar la puerta y bajar los escalones. Cuando volvió a entrar, Elizabeth salió y se quedó de pie en el bordillo, observando la ventana central del edificio.

Después de que Tupper acompañara a Tib al Baile de la Escuadrilla Ángel estuvo unos días lanzando cosas a la ventana de Elizabeth. Ella las veía por la mañana cuando se iba a clase: abretarros de plástico, peladores de fruta y soportes para esponjas, todos esparcidos

por el césped y la acera. Elizabeth nunca llegó a abrir la ventana y, pasado un tiempo, Tupper dejó de ir.

Elizabeth bajó la vista y miró la hierba. En un primer momento, no logró encontrar a la lombriz. Separó la hierba con la punta de su muleta, sosteniéndose sobre el pie bueno. Ahí estaba, exactamente donde la había dejado, más arrugada y con un color rojo más oscuro, casi negro. Estaba cubierta de pequeños cristales de hielo.

Elizabeth miró hacia la ventana en la que estaba la recepcionista. Cuando se levantó para ir a archivar el historial de Elizabeth, esta aprovechó para cruzar la calle e irse caminando a su casa.

* * * *

El camino a casa hizo que el tobillo de Elizabeth se hinchara como una pelota de tenis. Cuando Paul llegó, Elizabeth apenas podía moverlo.

—¿Pero qué es lo que te pasa? —le espetó enfadado—. ¿Por qué no me has llamado? —miró su reloj—. Ahora ya es demasiado tarde para llamar a Brubaker. Iba a salir a cenar con su mujer. Supongo que no tienes ganas de ir al concierto.

—No te preocupes. Iré.

Paul bajó la temperatura del termostato sin ni siquiera mirarlo.

—¿Se puede saber qué narices estabas haciendo?

—Creí haber visto a un chico que conocía. Estaba intentando alcanzarlo.

—¿Un chico que conocías? —dijo Paul, incrédulo—. ¿De tus tiempos de la universidad? ¿Y qué se supone que está haciendo aquí? ¿No ha podido graduarse en todos estos años?

—No lo sé —respondió Elizabeth. Se preguntó si alguna vez Sandy se había visto a sí misma en el campus, con su jersey y sus perlas de color blanco como la nieve, hablando con Chuck Pagano enfrente de la residencia de su sororidad. «Ella ya no está allí», pensó Elizabeth. Sandy no fue la que dijo «dile que no estoy», ni tampoco había dicho «puede que sea lo mejor», y por eso mismo y un neumático pinchado, Sondra Dickeson no está atrapada en el campus, esperando a ser rescatada. Ellos sí.

—Ni siquiera eres consciente de lo que nos va a costar esta pequeña jugarreta tuya, ¿verdad? —dijo Paul—. Brubaker me ha dicho esta tarde que te había conseguido el puesto de trabajo en la oficina del decano.

Paul le quitó la venda elástica y le miró el tobillo. Elizabeth se había mojado la venda de camino a casa. Paul fue a buscar otra y volvió con la solicitud de trabajo arrugada.

—He encontrado esto en el cajón de la cómoda. Me habías dicho que la habías entregado.

—Se cayó en la alcantarilla —dijo Elizabeth.

—¿Y por qué no la has tirado a la basura?

—Pensé que podía ser importante —respondió ella. Se acercó a él cojeando son sus muletas y se la quitó de las manos.

* * * *

Llegaron tarde al concierto por el tobillo de Elizabeth, así que no pudieron sentarse junto a los Brubaker, que se acercaron más tarde a donde estaban. El Dr. Brubaker les presentó a su esposa.

—Siento mucho lo que te ha pasado —dijo Janice Brubaker—. Ron lleva años diciendo que deberían arreglar la avenida central. Antes estaba calefactada.

Janice era la mujer a la que Sandy había señalado en la reunión de Tupperware, diciendo que le gustaba Jesús. Llevaba un traje rojo oscuro y el pelo recogido al estilo *bouffant*, de la misma manera que lo llevaban las chicas cuando Elizabeth iba a la universidad.

—Muchas gracias por habernos invitado a vuestra casa, pero entendemos que lo dejéis para más adelante, tal y como tienes el tobillo.

—Para nada —dijo Elizabeth—. Estamos deseando que vengáis. Estoy genial, de verdad. Solo es un pequeño esguince.

Los Brubaker tenían que ir a hablar con alguien entre bastidores. Paul les explicó cómo llegar a su casa y se llevó a Elizabeth fuera. Como habían llegado tarde, no habían encontrado sitio para aparcar y Paul había tenido que dejar el coche junto al Servicio Médico. Elizabeth le dijo que creía que podía ir caminando hasta el coche, pero les llevó quince minutos recorrer tres cuartas partes del camino.

—Esto es absurdo —dijo Paul enfadado, y se alejó por el camino dando grandes zancadas para llegar al coche.

Elizabeth fue cojeando lentamente hasta el final de la avenida y se sentó en uno de los bancos de cemento que, anteriormente, habían sido salidas de ventilación para la calefacción. Llevaba un vestido de lana y su mejor abrigo, pero aun así seguía teniendo frío. Dejó las muletas apoyadas en el banco y dirigió la mirada a su antigua residencia.

Había un chico de pie frente al edificio, mirando hacia la ventana central. Parecía tener frío. Tenía las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta vaquera y, después de unos minutos, sacó algo de uno de los bolsillos y lo lanzó a la ventana.

«Es inútil», pensó Elizabeth. «Ella no quiere salir».

Tupper había intentado hablar con Elizabeth por última vez. El tercer trimestre ya había comenzado y aquel día estaba lloviendo otra vez. La avenida estaba repleta de lombrices. Tib llevaba el uniforme de la Escuadrilla Ángel y parecía tener frío. Paró a Elizabeth al salir de la residencia.

—Vi a Tupper el otro día. Me preguntó por ti y le dije que estabas viviendo en la residencia de las Alpha Phi.

—Vaya —dijo Elizabeth. Intentó esquivarla, pero Tib la retuvo, hablándole como si no hubiera pasado nada, como si todavía fueran compañeras de habitación.

—Estoy saliendo con un chaval del ROTC. Jim Scates. ¡Es guapísimo! —le contó Tib, como si aún fueran amigas.

—Voy a llegar tarde a clase —dijo Elizabeth.

Tib, nerviosa, echó un vistazo hacia la avenida. Elizabeth también lo hizo, justo para ver a Tupper acercándose a ellas en su bicicleta.

—Muchas gracias, supongo —dijo Elizabeth, enfadada.

—Solo quiere hablar contigo.

—¿De qué? ¿De cómo va a llevarte a la cena-baile de la fraternidad Alpha Sigma? —dijo, dándose la vuelta, y volvió a entrar en la residencia antes de que Tupper pudiera alcanzarla. Este estuvo llamándola desde el teléfono de la residencia durante casi media hora, pero no obtuvo respuesta y, al cabo de un rato, se dio por vencido.

Sin embargo, no había tirado la toalla aún. Todavía seguía allí, bajo la ventana de Elizabeth, lanzándole peladores de fruta y separadores de yemas. Aun así, después de todos estos años, ella se negaba a asomarse a la ventana. Tupper iba a seguir allí para siempre y ella nunca se iba a asomar.

Elizabeth se puso de pie. La punta de goma de una de sus muletas resbaló con el hielo que había debajo del banco y por poco cae al suelo. Consiguió recuperar el equilibrio apoyándose en el duro banco de cemento.

Paul tocó el claxon y se detuvo junto a la acera, con los intermitentes del coche encendidos. Después, salió del coche.

—¡Por el amor de Dios! Los Brubaker estarán ya esperándonos.

Le quitó las muletas a Elizabeth y la llevó a toda prisa al coche, rodeándola con su brazo.

Cuando se alejaron, el chico seguía en el mismo sitio, mirando a la ventana, esperando.

* * * *

Los Brubaker ya estaban allí, esperando en la entrada de su casa. Paul dejó a Elizabeth en el coche mientras abría la puerta. El Dr. Brubaker le abrió la puerta del coche e intentó ayudarla con las muletas. Janice no paraba de decir:

—De verdad que lo habríamos entendido.

Al ver que no estaban siendo de mucha ayuda, la pareja dio un paso atrás y Elizabeth entró cojeando a la casa.

Janice se ofreció a hacer el café. Elizabeth accedió y se quedó sentada en la mesa de la cocina con el abrigo todavía puesto. Paul había dejado preparadas las tazas con sus respectivos platillos y la bandeja de galletas antes de salir de casa.

—¿Tú estuviste en la reunión de Tupper, verdad? —le preguntó Janice abriendo los armarios para buscar los filtros del café—. No tuve la oportunidad de presentarme. Vi que Sandy Konkel te tenía bien atrapada en sus garras.

—En la reunión dijiste que te gustaba Jesús —dijo Elizabeth—. ¿Eres creyente? Janice estaba sacando un filtro de papel de la caja. Paró y miró con atención a Elizabeth.

—Sí —dijo Janice—. Lo soy. ¿Y sabes qué? Sandy Konkel me dijo que en una reunión de Tupper no había lugar para la religión y yo le dije que cualquier sitio era lugar para dar testimonio. Y tenía razón, porque el testimonio te caló, ¿verdad, Elizabeth?

—¿Qué pasa si hiciste algo en el pasado y ahora descubres que lo ha arruinado todo?

—«Y sabed que vuestro pecado os alcanzará» —citó Janice, sosteniendo la cafetera bajo el grifo.

—No me refiero a un pecado —dijo Elizabeth—. Me refiero a los pequeños detalles que piensas que no tienen importancia, como pisar un charco o discutir con alguien. ¿Qué pasa si te vas con el coche y dejas a alguien tirado en la carretera porque te has enfadado y de repente toda su vida cambia y se convierte en otra persona? ¿O si le das la espalda a alguien y te alejas de ellos porque te sientes dolido? ¿O si te niegas a abrir la ventana? ¡Y, entonces, por un pequeño detalle como estos, sus vidas cambian radicalmente y ahora ella bebe demasiado y va a divorciarse, y él se quitó la vida! Se quitó la vida y tú ni siquiera eras consciente de que es culpa tuya.

Janice había abierto el bolso para sacar una Biblia, pero se detuvo con el libro a medio sacar y miró fijamente a Elizabeth.

—¿Hiciste que alguien se suicidara?

—No —respondió Elizabeth—. Yo no fui la que hizo que se suicidara ni la que causó ese divorcio, pero si ese día no me hubiera dado la vuelta y me hubiera marchado, todo habría sido distinto.

—¿Qué divorcio? —preguntó Janice.

—Sandy tenía razón. Cuando eres joven solo piensas en ti mismo. Yo solo podía pensar en que ella era mucho más guapa que yo, en que era el tipo de chica que tenía miles de citas. Y cuando él la invitó al baile, creí que había estado detrás de ella todo este tiempo, y me dolió tanto... Tiré el separador de yemas. Me había dolido tanto que no quise hablar con él aquel día, ¡pero no sabía lo importante que sería! No sabía que había un charco ahí y que la salpicadura me arrastraría hasta la alcantarilla.

Janice dejó la Biblia sobre la mesa.

—Elizabeth, no sé qué es lo que has hecho exactamente. Pero sea lo que sea, nuestro Señor es misericordioso. Déjame leerte algo —abrió la Biblia por un marcapáginas que tenía forma de cruz—. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». Jesús, el propio Hijo de Dios, murió en la cruz y resucitó para hacernos libres de nuestros pecados.

—¿Y si no lo hubiera hecho? —preguntó con impaciencia Elizabeth—. ¿Qué habría pasado si tan solo se hubiera quedado en el sepulcro, enfriándose cada vez más hasta que empezaran a formarse cristales de hielo sobre su cuerpo y nunca llegara a saber si los salvó o no?

—¿Está el café listo ya? —preguntó Paul, entrando en la cocina junto al Dr. Brubaker— ¿O se han puesto las señoritas a charlar y se les ha ido el santo al cielo?

—¿Y si estuvieran aquí esperando a que Jesús los salvara? ¿Habrían estado esperándolo durante todos estos años y él sin saberlo? Habría intentado salvarlos, ¿no? No habría sido capaz de dejarlos ahí tirados y muertos de frío mirando a mi ventana, ¿verdad? Tal vez no pudiera salvarlos. Puede que se divorcieran y se suicidaran igualmente —le habían empezado a castañetear los dientes—. Y aunque los hubiera salvado a ellos, no podría salvarse a sí mismo. Porque ya era demasiado tarde. Ya estaba muerto.

Paul rodeó la mesa para llegar hasta Elizabeth. Janice estaba pasando páginas de la Biblia, en un intento frenético por encontrar el pasaje adecuado. Paul agarró el brazo de Elizabeth, que ella sacudió con impaciencia.

—En el Evangelio según San Mateo vemos que resucitó de entre los muertos y que está vivo a día de hoy. En este mismo momento —dijo Janice con voz asustada—. Y no

importa qué pecado tengas en tu corazón, Él te perdonará si lo aceptas como tu propio Salvador.

Elizabeth dio un puñetazo en la mesa con tanta fuerza que hizo temblar el plato de galletas.

—No estoy hablando de pecado. Estoy hablando de abrir una ventana. Ella pisó el charco y la lombriz se cayó del borde y se ahogó. No tendría que haberla dejado en el arcén. —volvió a dar un golpe en la mesa con el puño. El Dr. Brubaker agarró la pila de tacitas de café para ponerlas sobre la encimera, como si temiera que Elizabeth pudiera comenzar a lanzarlas contra la pared de un momento a otro—. Tendría que haberla puesto sobre la hierba.

* * * *

Paul se fue a trabajar sin siquiera desayunar. Elizabeth tenía el tobillo tan hinchado que apenas podía ponerse las zapatillas de andar por casa, pero se levantó y preparó el café. Los filtros seguían sobre la encimera, donde los había dejado Janice Brubaker.

—¿No te valía con arruinar tus posibilidades de conseguir trabajo que tenías que arruinar también las mías?

—Siento lo de anoche —respondió ella—. Voy a rellenar la solicitud y a llevarla hoy al campus. Cuando se me cure el tobillo...

—Se supone que hoy va a hacer más calor —dijo Paul—, así que he apagado la caldera.

Cuando se fue, Elizabeth rellenó la solicitud. Intentó deshacerse de la oscura mancha que había dejado la lombriz, pero era imposible y había una pregunta que no se podía leer. Tenía los dedos engarrotados por el frío y tuvo que parar varias veces para calentarlos con su aliento, pero al final rellenó todas las preguntas que pudo, dobló la solicitud y la llevó al campus.

La chica del chubasquero amarillo estaba al final de la avenida, hablando con una chica ataviada con el uniforme de la Escuadrilla Ángel. Se dirigió hacia ellas cojeando y con la cabeza gacha, intentando apretar el paso y a la espera del sonido de la bicicleta de Tupper.

—Me ha preguntado por ti —dijo Tib. Elizabeth levantó la vista.

Tib no se parecía en nada a como la recordaba Elizabeth. No era especialmente guapa y estaba rellenita, era el tipo de chica que no habría sido capaz de conseguir un acompañante para el baile. Llevaba el pelo corto, lo que acentuaba aún más su cara regordeta. Su rostro transmitía esperanza y preocupación a la vez.

«No te preocupes», pensó Elizabeth. «Estoy aquí». No fue capaz de mirarse a sí misma. Estaba concentrada en alcanzarlos en el momento justo.

—Le dije que estabas viviendo en la residencia de las Alpha Phi —seguía diciendo Tib.

—Vaya —Elizabeth pudo oír su propia voz y el lejano sonido de una bicicleta.

—Estoy saliendo con un chico del ROTC. ¡Es guapísimo!

Hubo una pausa y la voz de Elizabeth murmuró un «Muchas gracias». Acto seguido hundió la punta de goma de su muleta en un parche de hielo y se cayó.

El dolor le impidió ver por un momento. «Me lo he roto» pensó, y apretó los puños para no gritar.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Tib arrodillándose frente a ella, lo que le impedía ver nada.

«No. ¡Tú no! ¡Tú no!».

Por un instante temió que no hubiera funcionado, que la chica se hubiera girado y se hubiera marchado. Pero al fin y al cabo no era una desconocida, sino ella misma, demasiado buena como para dejar que una lombriz se ahogara. Había rodeado a Elizabeth para situarse en el otro lado, donde no podía verla.

—¿Se lo ha roto? —preguntó la otra Elizabeth—. ¿Llamo a una ambulancia o algo?

«No».

—No —respondió Elizabeth—. Estoy bien. Solo necesitaría que me ayudarais a levantarme.

La chica que una vez había sido Elizabeth Wilson dejó sus libros en el banco de hormigón y se arrodilló junto a Elizabeth.

—Espero que no nos caigamos las dos —dijo, y le sonrió a Elizabeth.

Era una chica guapa. «Tampoco sabía eso» pensó Elizabeth, «aunque Tupper me lo había dicho». Se agarró al brazo de Elizabeth y Tib la sostuvo por el otro brazo.

—Vaya, vaya, poniéndole la zancadilla a peatones inocentes otra vez. ¿Cuántas veces os he dicho que no lo hagáis? —y, por fin, ahí estaba Tupper. Dejó la bicicleta sobre la hierba y colocó la bolsa de tupper al lado.

Tib y la chica que una vez había sido Elizabeth la soltaron, se hicieron a un lado y Tupper se arrodilló junto a ella.

—No son malas chavalas, de verdad. Solo les gusta gastar bromas pesadas. Pero lo de las cáscaras de plátano... chicas, eso ya es pasarse —dijo, tan cerca que pudo sentir su cálido aliento en la mejilla. Elizabeth se volvió para mirarlo y le asaltó el miedo repentino de que él también hubiera cambiado, pero seguía siendo Tupper, el mismo del que había estado enamorada todos estos años. La rodeó con el brazo.

—Ahora agárrese a mi cuello con el brazo, corazón. Así. Elizabeth, ven a expiar tus pecados y ayúdame a levantar a esta señora tan guapa.

La otra Elizabeth ya había cogido sus libros y los estaba abrazando contra su pecho, con cara de enfado e impaciencia por irse. Miró a Tib, pero estaba recogiendo las muletas, inclinándose sobre sus tacones porque la falda del uniforme le impedía doblar las rodillas.

Volvió a soltar los libros y se situó al otro lado de Elizabeth para agarrarla del brazo, pero en su lugar Elizabeth la cogió de la mano y la sujetó con fuerza para que no se escapara.

—La llevé al baile porque me ayudó con la reunión de Tupper. Le dije que le debía un favor —confesó Tupper, y Elizabeth se volvió para mirarlo.

En realidad no la estaba mirando a ella. Estaba mirando a través de ella a la otra Elizabeth, la que no contestaba al teléfono, la que se negaba a asomarse a la ventana, pero él parecía estar mirándola a ella, y en su joven rostro, que recordaba tan bien, había una mirada de un amor tan desnudo y vulnerable que ella sintió como un puñetazo.

—Te lo dije —espetó Tib. Dejó las muletas apoyadas en el banco.

—Seguro que a la señora no le interesa escuchar esta conversación —dijo Elizabeth.

—Te lo iba a decir en la fiesta, pero la idiota de Sharon Oberhausen...

Tib acercó las muletas.

—Después de pedírselo, pensé «¿Y si cree que estoy intentando robarle el novio?», y me preocupé tanto que no me atreví a decírtelo. De verdad que solo se lo pedí para escaquearme de la guardia ese finde. O sea, a mí Tupper no me gusta ni nada, ¿eh?

Tupper le sonrió a Elizabeth.

—Encima de que intento pagar mis deudas... ¿así me lo agradeces? No te enfadarías conmigo por llevar a tu compañera de habitación al baile, ¿no?

—Puede que sí —dijo la otra Elizabeth. El hormigón del suelo estaba muy frío y Elizabeth comenzó a temblar un poco—. Pero te perdonaría.

—¿Lo entiendes ahora? —preguntó Tupper.

—Sí —respondió Elizabeth contrariada, pero mirándolo con una sonrisa en la cara—. ¿No crees que deberíamos levantar a esta inocente mujer del arcén antes de que muera congelada?

—¡Aúpa, corazón! —dijo Tupper, y con un simple movimiento ya estaba sentada en el banco de piedra.

—Gracias —dijo. Le castañeteaban los dientes por el frío.

Tupper se arrodilló frente a ella y le examinó el tobillo.

—Está bastante hinchado —dijo—. ¿Quiere que llamemos a alguien?

—No, mi marido tiene que estar al llegar. Me quedaré aquí sentada hasta que venga.

Tib rescató la solicitud de Elizabeth del charco.

—Creo que ya no sirve —dijo.

—No importa.

Tupper recogió su bolsa llena de recipientes.

—Por cierto, ¿no estaría interesada, por casualidad, en organizar una reunión de Tupper? Como organizadora, ganaría puntos muy valiosos que podría canjear por...

—¡Tupper! —le regañó Tib.

—¿Es que no puedes dejar a la señora tranquila? —dijo Elizabeth.

Tupper levantó la bolsa.

—Solo si me acompañáis a entregar estas fiambreras a la fraternidad Sigma Chi.

—Yo voy —dijo Tib—, que hay un tío guapo allí al que le tengo echado el ojo.

—Yo también voy —respondió Elizabeth, rodeando a Tib con el brazo—. No me fío de tu criterio para los hombres cuando no estoy contigo. Jim Scates, por ejemplo, es un asqueroso. ¿No te ha contado Sharon lo que le hizo a Marilyn Reed?

Tupper le pasó a Elizabeth la bolsa de recipientes para poder levantar la bicicleta. Elizabeth se la pasó a Tib.

—¿Seguro que está bien? —preguntó Tupper—. Hace frío aquí fuera. Puede esperar a su marido en el Sindicato de Estudiantes.

Deseó poder ponerle la mano en la mejilla una sola vez.

—Estoy bien —contestó.

Los tres bajaron la avenida en dirección al edificio Frasier, con Tupper empujando la bicicleta. A la altura del edificio Carter, atajaron por la hierba hacia el Frasier. Elizabeth los siguió con la mirada hasta que los perdió de vista y luego se quedó sentada un rato más en el frío banco. Esperaba que ocurriera algo, alguna señal de que los había salvado, pero no pasó nada. Ya no le dolía el tobillo. El dolor había cesado en cuanto Tupper lo tocó.

Siguió sentada ahí. Aunque había dejado de temblar, sentía cada vez más frío. Después de un rato se levantó y se fue andando a casa, dejando las muletas donde estaban.

* * * *

La casa estaba helada. Elizabeth subió la temperatura del termostato y se sentó junto a la mesa de la cocina, con el chaquetón puesto, esperando a que se empezara a calentar la casa. Al ver que la caldera no se encendía se acordó de que Paul la había apagado y fue a por una manta, se envolvió en ella y se tumbó en el sofá. El tobillo no le dolía nada, pero lo notaba frío. Cuando sonó el teléfono, casi no lo podía mover. Ya llevaba sonando un rato cuando fue capaz de alcanzarlo.

—Ya pensaba que no lo ibas a coger —respondió Paul—. Te he pedido cita con el Doctor Jamieson esta tarde a las tres. Es un psiquiatra.

—Paul —dijo Elizabeth. Tenía tanto frío que le costaba hablar—. Lo siento.

—Bueno, ya es un poco tarde para pedir perdón, ¿verdad? —contestó—. Le he dicho al Dr. Brubaker que te habías tomado un relajante muscular para el tobillo. No sé si se lo habrá tragado o no —. Paul colgó el teléfono.

—Demasiado tarde —dijo Elizabeth, y colgó. El dorso de su mano estaba cubierto de cristales de hielo—. Paul —intentó decir, pero sus labios estaban entumecidos por el frío y no emitieron sonido alguno.

* * * *



UNIVERSIDAD DE GRANADA

FACULTAD DE TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN

TRABAJO FIN DE GRADO

Grado en Traducción e Interpretación

Curso 2021/2022

SIMULACIÓN DE UN ENCARGO PROFESIONAL DE TRADUCCIÓN

LITERARIA: NARRATIVA BREVE DE CONNIE WILLIS

Autores:

Miguel Ángel Ambel Ruiz, Carmen Gámez Salazar, Amanda Inés Hernández

García y Celia Sánchez Muñoz

Tutor:

Carlos Francisco Márquez Linares



ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	3
1.1. Objetivos	3
2. INTRODUCCIÓN A LA AUTORA Y SU OBRA	4
2.1. Autora	4
2.2. «Chance»	5
2.2.1. Dificultades en la traducción	6
3. METODOLOGÍA	8
4. ESTRATEGIA DE TRADUCCIÓN	9
5. DIFICULTADES Y SOLUCIONES	11
5.1. Intención de la autora	11
5.2. El lector	13
5.3. Lengua meta	14
6. CONCLUSIONES	16
7. BIBLIOGRAFÍA	¡Error! Marcador no definido.

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de esta memoria es describir el trabajo realizado por el equipo 2 del grupo 13 del Trabajo Fin de Grado «Simulación de un encargo profesional de traducción literaria: narrativa breve de Connie Willis», dirigido por Carlos Francisco Márquez Linares. Este equipo ha llevado a cabo la traducción del inglés al español del relato breve de Connie Willis «Chance», inscrito en el género de la ciencia ficción. A pesar de las reticencias a las que se enfrentó en su origen, la ciencia ficción ha dejado de ser un género marginal. Como apunta Martín (2014), este género literario fue uno de los más populares en la segunda mitad del siglo XX y comienzos del XXI, y actualmente sigue ganando adeptos. Por lo tanto, este trabajo pretende reivindicar la importancia de este género literario y la presencia femenina en su hegemonía masculina, así como abrir futuras investigaciones en la traducción del género.

En la presente memoria se describirá el proceso de traducción y se analizarán las dificultades que se han presentado durante el mismo. En primer lugar, se expondrán los objetivos del trabajo. A continuación, se describirá a la autora, su obra y la estrategia de traducción adoptada. Seguidamente, se explicará la metodología llevada a cabo durante el trabajo. Se realizará un análisis crítico de las dificultades traductológicas y sus respectivas soluciones, respetando siempre la estrategia global empleada. Por último, se extraerán las conclusiones, resultado del trabajo realizado, así como las posibles líneas de investigación que este abre.

1.1. Objetivos

Los objetivos de este trabajo son comunes a las competencias del grado y permiten complementarlas y desarrollarlas:

- Aprender a trabajar en equipo, simulando el desempeño profesional.
- Familiarizarse con la traducción como tarea compleja que consta de distintas fases interconectadas: coordinación, documentación, revisión, edición y maquetación.
- Elegir una estrategia global de traducción adecuada, mantenerla de manera coherente en las decisiones específicas de traducción y emplearla como ayuda en la elección de las técnicas de traducción.

- Ser conscientes de las dificultades y oportunidades que brinda la traducción de obras del género literario especulativo.

2. INTRODUCCIÓN A LA AUTORA Y SU OBRA

2.1. Autora

Constance Elaine Trimmer Willis (31 de diciembre de 1945), más conocida como Connie Willis, es una escritora estadounidense nacida en Denver, Colorado, que goza de ser una de los autores de ciencia ficción más galardonados del mundo. Empezó a escribir historias y a enviarlas a editoriales en 1967, año en el que se casó. Trabajó como profesora de enseñanza media y comenzó escribiendo para revistas en los años 70, siendo «El secreto de Santa Titicaca» (1970) su primera historia publicada. Tras otras historias que datan entre 1978 y 1981, Connie Willis publicó, junto a Cynthia Felice, su novela debut en 1982: *Water Witch*. Gracias a esta, la autora recibió una subvención del National Endowment for the Arts, por lo que abandonó la docencia y se dedicó completamente a la escritura.

Sin embargo, sus obras en solitario son las que más fama le han otorgado. Entre ellas, destacan *Los sueños de Lincoln* (1987), con la que obtuvo el Premio John W. Campbell Memorial, o *El libro del día del Juicio Final* (1992), su obra más famosa y con la que ganó el premio Nébulas de 1992 y los premios Hugo y Locus de 1993. Connie Willis también recibió dos premios Locus por sus novelas *Tránsito* y *Por no mencionar al perro*, obra con la ganó, además, un premio Hugo. Sus últimos galardones fueron en 2011 con su obra *El apagón*, que fue premio Nébulas, Locus y Hugo.

No obstante, además de grandes novelas, Connie Willis ha escrito breves relatos con los que ha ganado numerosos premios. En total, ha recibido once premios Hugo, siete premios Nébulas, cuatro premios Locus y un John W. Campbell Memorial.

El pilar de la obra de Connie Willis es la psicología de los personajes y la reflexión social a través de elementos propios de la ciencia ficción como la ciencia, la exploración de mundos desconocidos o la muerte. Su tema estrella son los viajes en el tiempo, un elemento que se repite en múltiples obras.

Según Smith (2021), escritora de ciencia ficción, las historias de Willis combinan «héroes del día a día y humor», donde la mayoría de protagonistas son mujeres que «triunfan en situaciones difíciles». Además, muchas de sus obras comienzan *in media res*, y transmiten el «caos de la vida» a la perfección.

2.2. «Chance»

«Chance» se publicó originalmente en mayo de 1986 en la revista estadounidense de ciencia ficción *Isaac Asimov's Science Fiction*.

La obra se centra en Elizabeth, a la que el nuevo puesto de su marido obliga a mudarse al lugar donde estudió, lo que trae consigo un aluvión de recuerdos y abre antiguas heridas que no han terminado de cicatrizar. Elizabeth se ve abrumada por su pasado y no es capaz de perdonar las acciones de su yo más joven, por lo que poco a poco irá sumiéndose en un torbellino de culpabilidad y desconcierto.

Como en la mayoría de sus obras, Willis profundiza en la psicología de la protagonista femenina, Elizabeth. Es un personaje que se mueve a merced de los demás, que se encuentra sumida en un matrimonio sin pasión, con un marido que ha descuidado completamente la relación y solo se preocupa por el trabajo y el dinero. Elizabeth se encuentra cara a cara con su pasado, los errores cometidos y los recuerdos de las personas que una vez fueron tan importantes: Tib y Tupper. Asimismo, a lo largo del relato descubre detalles pasados que ignoraba, lo que contribuye al desmoronamiento de su vida. Si bien es cierto que en «Chance» no hay viajes en el tiempo como se conocen en la ciencia ficción, sí hay saltos temporales, pues el pasado irrumpe en el presente constantemente.

Es una obra sobre casualidades, sobre cómo una pequeña acción puede cambiarlo todo. De hecho, a lo largo de «Chance», se suceden eventos aleatorios que se escapan del alcance de la protagonista e ilustran el poder de estar en el sitio adecuado en el momento justo. Pero también es una obra sobre segundas oportunidades, sobre la necesidad de perdonar a los demás y perdonarse a uno mismo.

2.2.1. Dificultades en la traducción

Una de las dificultades a las que los traductores deben enfrentarse constantemente son las referencias culturales. Según Igareda (2011), estas son:

[...] el reflejo, en la lengua, de la visión del mundo de una cultura. Hacen alusión a elementos relacionados con la cultura, el estilo de vida, las costumbres, la política, la gastronomía, el arte, etc. Pueden ser de muchos tipos: nombres propios, de instituciones, comidas o bebidas, medidas, profesiones, etc. (...) (2011: 15)

El relato de Connie Willis está ambientado en un contexto puramente estadounidense. Se construye una imagen como las que se ven en las películas, de campus con verdes explanadas que se extienden entre las residencias, con hermandades estudiantiles, bailes universitarios, cafeterías y ligas deportivas. El lector es consciente de que se trata de una realidad distinta, pero se deben plasmar las referencias culturales al sistema estadounidense de una manera que deje lugar al aprendizaje de nuevos conceptos sin que el lector pierda información.

En primer lugar, aparece la diferenciación entre *college* y *university*. La línea que separa las competencias de cada uno dentro del sistema universitario estadounidense es muy fina, por lo que en un principio se podría generalizar por «universidad». Sin embargo, se apela directamente a la diferenciación entre ambas: “*It wasn’t university back then. It was a state college.*” La diferencia principal es que un *college* ofrece estudios de grado, mientras que en una *university* se pueden realizar estudios de posgrado. A su vez, una *university* puede estar formada por varios *colleges*, que suelen ofrecer estudios centrados en una materia y forman parte de una universidad más grande. Además, a este término se le añade el elemento *state*, que hace referencia a aquellos colegios que reciben financiación del Estado. Según el diccionario Merriam Webster: “*A college or university that is financially supported by a state government, often specializes in a branch of technical or professional education, and often forms part of the state university.*” Por lo

tanto, se ha traducido por «colegio universitario público», atendiendo a la definición de la RAE: «Centro docente, dependiente de una universidad para impartir enseñanzas del primer ciclo universitario». Para no abusar de esta estructura, se ha traducido *college* por construcciones más generales como «cuando estaba en primero» o «cuando estaba estudiando».

A nivel cultural, también llama la atención la presencia del ejército en instituciones educativas. Se hace mención a la sección femenina de un programa de entrenamiento de las fuerzas aéreas en las universidades estadounidenses: “*Tib was in her ROTC Angel Flight uniform.*” Al traducirlo se han mantenido las siglas, transcreado el nombre y añadido una pequeña descripción: «llevaba el uniforme de la sección femenina del ROTC, el antiguo programa de formación de las fuerzas aéreas. Las llamaban la Escuadrilla Ángel».

Los saltos en el tiempo son un elemento crucial en la obra, ya que el pasado se halla más vivo que nunca en el presente. El relato es de 1986, por lo que los años ochenta y los cincuenta conviven en el mismo espacio, lo que dificulta la tarea de traducción y pone alerta al revisor en busca de anacronismos. De hecho, durante una conversación telefónica entre Elizabeth y su marido se tradujo “*I’m going over there right now*” por «estoy de camino» en vez de «salgo en seguida», por haber obviado que en esa época las personas no contaban con teléfonos móviles propios.

Estas transiciones al pasado y al presente se producen sin indicios lingüísticos que las anticipen, lo que puede provocar dificultad en la comprensión del texto. No obstante, este desconcierto aporta gran riqueza a la obra, ya que permite que el lector sienta la misma mezcolanza que la protagonista. Para referirse al pasado, Willis suele hacer uso del *past perfect* en inglés: “*The day after the dance Tupper **had called** her.*” En la mayoría de casos, este tiempo verbal se ha traducido por un pluscuamperfecto: «El día después del baile Tupper **había llamado** a Elizabeth».

Connie Willis describe con precisión la vestimenta de los personajes, que visten con la ropa de la época, por lo que a veces su traducción se complica. En *high school letter jacket*, se propuso el término «beisbolera», pero se rechazó debido a que pertenece a la jerga juvenil y no todos los lectores lo entenderían. Por lo tanto, se optó por

generalizarlo y emplear «sudadera de instituto», ya que esta suele referirse a un tipo de prenda más informal y deportiva.

Los peinados también son un rasgo característico dentro de «Chance». Destaca el término *pageboy*, que el *Cambridge Dictionary* define como: “*a hairstyle, mainly for women, in which the hair is straight and quite short and turns under at the ends.*” Aunque el equivalente más cercano en español para este término sea «corte de pelo bob», la explicación puede no resultar demasiado útil para todo tipo de público. Además, no termina de ser exactamente el mismo corte, ya que el *pageboy* se engloba dentro de los cortes bob, pero añade tintes más setenteros. Por lo tanto, tras analizar la imagen, se concluyó que el *pageboy* es, en definitiva, un «corte a tazón», una manera de expresarlo mucho más visual para todo tipo de público.

3. METODOLOGÍA

Una vez formados los equipos, se llevó a cabo la división de roles entre los miembros del grupo. Miguel Ángel Ambel quedó como coordinador del proyecto y Carmen Gámez, Amanda Hernández y Celia Sánchez como traductoras y revisoras de forma rotatoria. El tutor estableció tres plazos de entrega desde el principio, 22 de marzo, 19 de abril y 10 de mayo, respectivamente. La fecha de entrega final de la traducción se estableció para el 15 de junio de 2022.

En primer lugar, el coordinador realizó una división equilibrada del relato entre las tres fechas de entrega. A continuación, se eligieron los roles para la primera entrega: Carmen y Amanda fueron las traductoras, mientras que Celia fue la revisora. Esta última comenzó la tarea de documentación para aportar un escrito con las dificultades de traducción, sus posibles equivalentes en la lengua meta, definiciones, imágenes y cualquier otro dato que facilitara la traducción. A continuación, las traductoras empezaron su trabajo, con la estrategia de traducción global elegida presente en todo momento y manteniendo la comunicación con la revisora-documentalista para poder solventar cualquier confusión. Las traductoras dividieron el fragmento de forma que el trabajo fuera equitativo. Una vez finalizada la traducción, ambas traductoras se reunieron para asegurarse de que el texto fuera consistente en estilo. Este método de trabajo se siguió en

las dos entregas siguientes, aunque los roles cambiaron: en la segunda entrega, Amanda y Celia fueron traductoras, por lo que Carmen tomó el papel de revisora; en la tercera, Celia y Carmen tradujeron, mientras que Amanda llevó a cabo la revisión.

Tras la revisión de cada entrega, los cuatro miembros del grupo se reunieron para estudiar y pulir la versión revisada, introduciendo cambios en las traducciones que lo requerían. Una vez realizada la traducción completa del relato, los cuatro miembros del grupo la revisaron y añadieron los cambios pertinentes. Lo mismo hicieron con la presente memoria grupal. Por último, Amanda Hernández diseñó la portada y maquetó la edición bilingüe de la obra, con la ayuda de la compañera de grado Marta María Pérez Puerta, estudiante de la asignatura de Edición y Maquetación.

4. ESTRATEGIA DE TRADUCCIÓN

Una de las primeras decisiones de los miembros del grupo fue la estrategia de traducción. Según Hurtado (1990), hay tres principios a la hora de traducir: fidelidad a la intención del autor, fidelidad al lector y fidelidad a la lengua meta. Teniendo esto en cuenta, los integrantes del grupo decidieron optar por la siguiente estrategia:

- Fidelidad a la intención del autor: se analizaron los pasajes del relato en profundidad para descubrir la intención de la autora al escribirlos. Esta misma intención se intentó plasmar en la traducción en todo momento. Por ejemplo, Connie Willis describe con términos muy precisos la vestimenta de los personajes: *a rust satin bodice and a bell skirt out of sculptured rust brocade*. Por lo tanto, el traductor le ha otorgado el mismo cuidado y detalle a la traducción de estos elementos, para lo que en ocasiones ha sido necesaria una tarea exhaustiva de documentación: «corpiño de satén rojizo y una falda acampanada esculpida en una cobriza tela de brocado».
- Fidelidad al lector: se prestó atención a aquellos elementos que pueden confundir al lector al traducir, derivados de las características naturales de cada idioma, así como a las sensaciones que el texto origen produce en el lector y se tradujo de

forma que estas siguieran presentes en el texto meta. Para esto, se tuvo en cuenta el registro usado en cada pasaje, así como el contexto histórico de la obra y las referencias culturales, que pueden ser desconocidas para el receptor. Por ejemplo, este fragmento que a primera vista puede parecer simple esconde un elemento intrínseco en la cultura estadounidense:

“You were Elizabeth Wilson.”

“Yes,” Elizabeth said. “I was.”

Para que el lector comprenda de qué se está hablando se ha realizado una traducción explicativa que introduce de manera sutil esta diferencia cultural: «Sí. Wilson era mi apellido de soltera».

- Fidelidad a la lengua meta: se respetaron las reglas léxicas, sintácticas y semánticas de la lengua española, teniendo como referencia la Real Academia Española. Se usaron los términos más correctos y precisos en cada pasaje, evitando hiperónimos siempre que estos no fueran del todo adecuados. Además, los pasajes se tradujeron de la forma más natural posible en la lengua meta. Se respetó la convención literaria española, teniendo en cuenta sus diferencias respecto a la convención en lengua inglesa. De este modo, *The music department* se tradujo como *El Departamento de Música*, ya que, según la RAE, «se escriben con mayúscula inicial todas las palabras significativas que componen la denominación de entidades, instituciones, organismos y departamentos o divisiones administrativas» (Fundéu, 2020).

Todos los miembros del grupo respetaron esta estrategia de traducción a lo largo del texto, aplicándola coherentemente en sus decisiones. Esto influyó, por lo tanto, en las distintas técnicas de traducción aplicadas en el proceso traductológico.

5. DIFICULTADES Y SOLUCIONES

5.1. Intención de la autora

A la hora de traducir una obra literaria, es necesario ser capaz de trasladar el estilo de la autora, de reconocer el entramado de ideas que se esconde tras cada decisión y ver que no existen las “casualidades”. Connie Willis emplea oraciones directas y cortas, combina el presente y el pasado sin previo aviso y se detiene en los pequeños detalles para ayudar a crear una imagen de los personajes muy visual.

Una de las dificultades a las que se enfrentaron los traductores fue plasmar el aumento progresivo de la intensidad de la obra. Connie Willis elige con detalle sus palabras y su carga semántica, por lo que reflejar desde un principio la fuerza que predomina en las últimas páginas destrozaría este vivo y sutil ascenso. La relación entre Elizabeth y el frío es uno de estos ejemplos. La palabra *cold* se menciona un total de treinta y una veces a lo largo de la obra, lo que ayuda a la creación de una atmósfera desangelada, como si Elizabeth se encontrara en un limbo. Por eso, es importante reflejar que es ella la que siente ese frío, la que sube la temperatura de casa constantemente, lo que desencadena una discusión con su marido. Por ejemplo, en “*it showed the temperature as sixty-eight, but it felt colder*”, en lugar de optar por el impersonal «hacía frío» se ha aclarado a través del pronombre que el sujeto sintiente es Elizabeth: «ella tenía frío».

La intensidad léxica progresiva hace que la obra consiga emocionar al lector y llegue a su clímax a través de ciertas palabras cargadas de emoción. Uno de estos momentos coincide con el encuentro de Elizabeth adulta con Tupper, Tib y la Elizabeth del pasado.

He was not looking at her really. He was looking past her at that other Elizabeth, who would not answer the phone, who would not come to the window, but he seemed to be looking at her, and on his young remembered face there was a look of such naked, vulnerable love that it was like a blow.

Los sentimientos viajan a través del espacio y el tiempo, y es en este momento cuando Elizabeth se encuentra cara a cara con esa expresión pura de amor, esa «mirada de un amor tan desnudo y vulnerable que ella sintió como un puñetazo».

Connie Willis no solo pretende emocionar con esta historia de segundas oportunidades, sino crear una atmósfera de confusión y agonía en la que el tiempo parece escaparse entre los dedos irremediamente. Esto se consigue a través de la constante incursión del pasado en el presente, de recuerdos que aparecen de manera repentina, de pensamientos que rondan la cabeza de Elizabeth tras ciertos diálogos, que rompen con lo establecido hasta el momento, pues parece tomar las riendas de la narración por un momento y convertirse en narrador en primera persona. Además, en la conversación con Sandy Konkell, el empleo de pronombres que no se han aclarado previamente mantiene esa ambigüedad y frenetismo que, aunque el lector tenga una idea de a quién se está haciendo referencia, irrumpen en la conversación:

*What if **they** were waiting here for **him** to save **them**, **they'd** been waiting for **him** all those years and he didn't know it? **He**'d have to try to save **them**, wouldn't he? He couldn't just leave **them** there, standing in the cold looking up at **her** window?*

Por lo tanto, se han respetado esas marcas que añaden cierto grado de ambigüedad para producir el mismo efecto, siempre y cuando ha sido posible. En el ejemplo anterior, traducir *her window* por «su ventana» sería añadir un grado de vaguedad que no aparece en el inglés, por lo que se ha traducido por «mi ventana».

En cuanto al título de la obra, su traducción ha sido una dificultad interesante. Willis utiliza la palabra *chance* ocho veces. Esta palabra inglesa posee dos acepciones que congenian con el relato: 1. *an occasion that allows something to be done*. 2. *the force that causes things to happen without any known cause or reason for doing so* (Cambridge Dictionary). Dependiendo del contexto, en español se traduciría por «oportunidad» o «casualidad». Es cierto que la obra habla de segundas oportunidades y de enmendar los errores, pero sobre todo de casualidades, de azar, de albur, a lo que se apela directamente en una conversación entre Elizabeth y su marido: “*She met her husband on a dirt road.*”

They were both there by chance. By chance.”. En este caso se han introducido dos términos diferentes, «casualidad» y «albur», para que el lector entienda que son sinónimos y así poder introducir el título en español: «Me ha contado que conoció a su marido en un camino de tierra y que ambos estaban allí por **casualidad**, puro **albur**».

5.2. El lector

Al igual que ocurre con la intención de la autora, resulta de vital importancia, como traductores, mantener y salvaguardar la fidelidad al lector.

De entre las dificultades que han ido sucediéndose a la hora de realizar el trabajo de traducción y que han supuesto un reto en cuanto a la adaptación para el lector, cabe destacar la coexistencia de los dos tiempos que Connie Willis emplea durante todo el relato para destacar un pasado más lejano (pretérito pluscuamperfecto) con el tiempo principal de la historia (pretérito perfecto simple). Como se ha comentado anteriormente, con estos cambios temporales repentinos la autora pretende transmitir el desconcierto que sufre la protagonista y que debe reflejarse en el texto meta.

*It's no good, Elizabeth **thought**, she won't come.*

*He **had made** one last attempt to talk to her. It was spring quarter. It had been raining again. The walk was covered with worms. Tib was wearing her Angel Flight uniform, and she looked cold.*

Como se puede observar en este fragmento, Connie Willis introduce el cambio temporal de manera repentina y sin previo aviso, por lo que el lector ha de estar atento y fijarse detenidamente en los tiempos verbales que aparecen en cada caso.

Mantener el lenguaje elevado del texto original fue también difícil para los traductores. Este suele aparecer en los pasajes más importantes para dar fuerza al mensaje y emocionar al lector.

*And she had said, without any idea how important little things like that could be, how hanging up a phone or having a flat tire or saying something could splash out in all directions and sweep you over the edge, she had said, “**Maybe you'd better do just that.**”*

Este pasaje es crucial, ya que Elizabeth pronuncia la frase que da un vuelco a la historia: “*Maybe you’d better do just that.*” La traducción de este fragmento es, por lo tanto, de vital importancia. En esta se usó el mismo lenguaje elevado que la autora y, además, se mantuvo la metáfora de la lombriz cuando cae de la acera, comparándola con Elizabeth en este momento: “*sweep you over the edge* “(«arrastrarte al abismo»).

El relato está plagado de referencias culturales, lo que dificulta la tarea de traducción. Los traductores decidieron mantenerlas y no domesticarlas para respetar la fidelidad al lector, que es consciente de que la realidad cultural estadounidense es distinta a la española. Un ejemplo de referencia cultural es la oración “*I used to go to school here. The central walk was heated back then.*” En esta se observa como en las zonas más frías de EEUU las calles suelen estar calefactadas, es decir, contienen tuberías de agua caliente para evitar que se congelen. En España, esto puede encontrarse en los aeropuertos, pero raramente en las calles, por lo que este pasaje muestra una de las diferencias culturales entre ambos países.

En cuanto al tratamiento de otros elementos culturales, cabe destacar la traducción de *Tupperware party*. Los miembros del grupo consideraron que traducir *party* por «fiesta» en este caso podría confundir al lector, ya que en realidad no se trata de un evento de esa índole. Por lo tanto, se ha tenido en cuenta la naturaleza de esta actividad y su semejanza a una pequeña «reunión» de personas para poder comprar los productos de Tupperware, por lo que se ha optado por esa traducción.

5.3. Lengua meta

El respeto a la lengua meta es crucial en todo texto, sin importar el género. En las traducciones, las convenciones textuales deben cumplirse para que el texto final se perciba como un todo completo concebido originalmente en la lengua meta.

Los miembros del grupo eran conscientes de las diferencias entre la convención literaria española y la convención literaria en lengua inglesa. A diferencia de esta última, la española no suele albergar términos informales, siendo la mayoría del léxico formal. Esto supuso un problema a la hora de traducir las palabrotas, ya que el traductor debe ser fiel al mensaje original sin perder de vista las características de la convención literaria española, donde las palabrotas no suelen ser abundantes. De esta forma, la oración “*I*

found out Jim was screwing some little slut at the office” se tradujo por «Me enteré de que Jim se estaba tirando a alguna guarrilla de la oficina», en la que el término «guarrilla» no es demasiado grosero, pero mantiene el mensaje despectivo del original.

La literatura inglesa es bastante flexible en cuanto al registro, y se pueden encontrar variaciones fonológicas, gramaticales y léxicas (Santika, 2016), como se puede observar en la oración “*Hiya, gorgeous. Wanta ride?*” La convención literaria española, por su parte, suele respetar las reglas generales de escritura impuestas por la RAE y no suele presentar incorrecciones ortográficas. Por lo tanto, las variedades socioculturales se expresan alterando el léxico a través del uso de vocablos coloquiales y, en menor medida, la sintaxis: «Buenas, guapa. **¿Te doy un garbeo?**».

Los traductores, como defensores de la lengua, tuvieron siempre en mente las características de la convención española, por lo que usaron un vocabulario rico, poco común oralmente, pero presente en la literatura y en contextos formales. Ejemplos de esto son adjetivos como «atestado», el verbo «espetar» y el sustantivo que da nombre a la traducción del relato: «albur».

Sin embargo, no siempre se puede seguir la norma, pues a veces se interpone entre los juegos de palabras que aparecen en una obra. El apodo de uno de los personajes, Tupper, hace referencia a su puesto como vendedor de productos de Tupperware. La norma afirma que se prefiere el uso de la adaptación española «táper», pero al ser una palabra cuyo uso se ha extendido en los últimos años hemos decidido mantener su forma inglesa por tratarse de un nombre propio y conservarla también en la «reunión de Tupper».

La naturalidad en una lengua es de vital importancia, ya que permite que las oraciones se perciban como fluidas por los hablantes de la lengua. En traducción, la naturalidad juega un papel de vital importancia, ya que permite que el texto se lea fácilmente sin que haya estructuras gramaticales o vocabulario extraños. El inglés es una lengua más sintética que el español, por lo que las frases son normalmente más cortas. Esto permite alargar las frases sin que sean demasiado artificiales, lo que contribuye al estilo literario de la lengua inglesa, que es más directo. En muchas ocasiones, las traductoras se vieron obligadas a separar las oraciones con puntos en la traducción para que estas fueran más claras y naturales en español.

She was talking about herself as if she had been another person, which Elizabeth supposed she had been [..].

Hablaba de ella misma como si fuera otra persona. Y hasta cierto punto lo había sido, supuso Elizabeth [..].

Otra dificultad presente en las traducciones del inglés al español es el uso de los pronombres. En inglés se usan constantemente, lo que permite saber de quién o qué se está hablando en todo momento. En español, sin embargo, suelen omitirse, siendo el verbo el que muestra quién es el sujeto gracias a su conjugación. No obstante, las conjugaciones de la primera y tercera persona del singular en pretérito imperfecto tienen la misma forma, por lo que, en muchas ocasiones, se ha optado por usar los pronombres en la traducción para especificar el sujeto.

“You still don’t remember me, do you?” Sandy said. She stood up and took off her jacket. She was wearing a short-sleeved gray knit shell underneath it. “I was Karen Zamora’s roommate. Sondra Dickeson?”

Todavía no te acuerdas de mí, ¿verdad? —dijo Sandy. Se levantó y se quitó la sudadera. Debajo llevaba una camiseta de punto gris de manga corta—. Yo compartía habitación con Karen Zamora. ¿Sondra Dickeson?

6. CONCLUSIONES

Con este Trabajo de Fin de Grado el alumnado ha podido adentrarse en el mundo de la traducción literaria y aprender a trabajar en un grupo de traducción. Los estudiantes han llevado a cabo la traducción de una obra completa y compleja, para lo que han tenido que trabajar en equipo, dividiendo los diferentes roles presentes en el proceso traductológico: coordinación, documentación, revisión, edición y maquetación. Se han dado cuenta de la importancia de mantener la estrategia de traducción elegida a lo largo de la traducción

del texto, lo que ha influido en la toma de decisiones a nivel estratégico y táctico. Gracias a la memoria grupal, los estudiantes han observado las dificultades que presenta la traducción literaria y las oportunidades futuras que brinda.

Al tener que redactar una memoria grupal con una extensión específica, ha habido mucha información que se ha dejado fuera. El equipo de traductores coincide en que incluir más información sobre los problemas de traducción y sus soluciones habría sido interesante. También les habría gustado desempeñar todos los roles, para experimentar los distintos papeles de los miembros del proceso traductológico.

Finalmente, todos subrayan el hecho de que en cada entrega sus habilidades se veían mejoradas, por lo que les hubiera gustado que el relato hubiera tenido una extensión mayor, para así poder expresar su máximo potencial como traductores.

En vistas al futuro, este TFG permitiría seguir investigando sobre las características de la ciencia ficción como género literario, ya que, como se ha dicho anteriormente, es un género prematuro del que no hay muchas investigaciones. Si se quiere estrechar el campo de investigación, siempre puede estudiarse la obra de Connie Willis, que tiene características propias de la ciencia ficción además de profundas descripciones de la psicología de sus personajes. Desde el punto de vista traductológico, se podría indagar en las estrategias y técnicas de traducción de la ciencia ficción, así como en la traducción de sus pasajes humorísticos y neologismos, además de las diferencias y dificultades al traducir de la convención literaria en lengua inglesa a la convención literaria española.

Finalmente, es interesante contemplar la traducción de obras literarias en la formación de los estudiantes, ya que sus beneficios son varios. No solo mejorarán su nivel en la lengua origen y en la lengua meta, sino que, además, aprenderán a traducir con una estrategia de traducción coherente a lo largo del texto, a revisar textos, a usar fuentes de documentación fiables y a trabajar en equipo, competencias imprescindibles para el mercado de hoy en día.

Por último, a los traductores les gustaría agradecer la oportunidad de haber formado parte del grupo de trabajo tutorizado por Carlos Francisco Márquez Linares, ya que ha sido una experiencia muy enriquecedora y ha conseguido que el transcurso de los cuatro años de grado tenga un final memorable. Asimismo, el grupo quiere expresar su

agradecimiento a su compañera y amiga Marta María Pérez Puerta, quien ha ayudado a llevar a cabo el proceso de maquetación y sin la que no habría sido posible conseguir tal calidad en el resultado.

Como conclusión, todos los miembros del grupo coinciden en que este TFG ha permitido complementar su formación como traductores e intérpretes, ya que ahora son más conscientes de lo que implica trabajar en el sector de la traducción editorial: los plazos, los roles, las dificultades en la traducción de un texto con juegos léxicos y semánticos, humor y metáforas, así como la maquetación. Todos están contentos de haber sido parte de un TFG tan completo y están orgullosos tanto de su propio trabajo como del de sus compañeros, ya que la comunicación y el trabajo grupal han estado presentes a lo largo del proyecto.

7. BIBLIOGRAFÍA

Fundéu (2020, 1 de julio). *Departamentos y divisiones internas, con mayúscula*. <https://www.fundeu.es/recomendacion/departamentos-y-divisiones-internas-con-mayusculas/> [Consultado 11/06/2022 a las 11:44].

Hurtado Albir, A. (1990). *La notion de fidélité en traduction*. Didier Erudition.

Igareda, P. (2011). Categorización temática del análisis cultural: una propuesta para la traducción. *Íkala, Revista de Lenguaje y Cultura*, 16 (27), 11-32. <http://www.scielo.org.co/pdf/ikala/v16n27/v16n27a2.pdf>

Martín Párraga, J. (2014). Translating Science Fiction: a Dystopian Task?. *Skopos: revista internacional de traducción e interpretación*, 5, 87-102. https://helvia.uco.es/xmlui/bitstream/handle/10396/16176/skopos_05_06.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Santika, R. (2016). An Analysis of West Country Dialect Used by Hagrid in J.K. Rowling's Harry Potter. *NOBEL: Journal of Literature and Language Teaching*, 7 (1), 25–35. <https://doi.org/10.15642/NOBEL.2016.7.1.25-35>

Smith, L. (2021, 23 de febrero). *16 Best Connie Willis Books, Novels and Award-Winning Short Stories*. UpJourney. <https://upjourney.com/best-connie-willis-books-novels-and-short-stories> [Consultado: 11/06/2022 a las 11:36].



UNIVERSIDAD DE GRANADA

FACULTAD DE TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN

TRABAJO FIN DE GRADO

Grado en Traducción e Interpretación

Curso 2021/2022

SIMULACIÓN DE UN ENCARGO PROFESIONAL DE TRADUCCIÓN

LITERARIA: NARRATIVA BREVE DE CONNIE WILLIS

MEMORIA INDIVIDUAL

Autora:

Carmen Gámez Salazar

Tutor:

Carlos Francisco Márquez Linares





ugr

Universidad
de Granada

Declaración de Originalidad del TFG

(Este documento debe adjuntarse cuando el TFG sea depositado para su evaluación)

D./Dña. _____ CARMEN GÁMEZ SALAZAR _____, con DNI
(NIE o pasaporte) _____, declaro que el presente Trabajo de
Fin de Grado es original, no habiéndose utilizado fuente sin ser citadas debidamente. De
no cumplir con este compromiso, soy consciente de que, de acuerdo con la [Normativa
de Evaluación y de Calificación de los estudiantes de la Universidad de Granada](#) de 20
de mayo de 2013, esto *conllevará automáticamente la calificación numérica de cero
[...]independientemente del resto de las calificaciones que el estudiante hubiera
obtenido. Esta consecuencia debe entenderse sin perjuicio de las responsabilidades
disciplinarias en las que pudieran incurrir los estudiantes que plagie.*

Para que conste así lo firmo el _____ 13 de junio de 2022 _____ (FECHA)

Firma del alumno

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	2
2. LA AUTORA Y SU OBRA	2
3. METODOLOGÍA	3
4. RESULTADOS	4
5. CONCLUSIONES	5

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de esta memoria individual es describir el trabajo realizado dentro del equipo 2 del Trabajo Fin de Grado «Simulación de un encargo profesional de traducción literaria: narrativa breve de Connie Willis», dirigido por Carlos Francisco Márquez Linares. Se ha llevado a cabo la traducción al español del relato «Chance» de 1986 de la autora estadounidense de ciencia ficción Connie Willis. Este trabajo pretende reivindicar la importancia del género y, en especial, la pertenencia de obras como esta dentro del marco de la ciencia ficción, aunque no sigan las temáticas recurrentes del mismo, como el espacio o la tecnología avanzada, así como abrir nuevas líneas de investigación traductológicas.

En esta memoria se describirá en primer lugar los objetivos del trabajo, el proceso seguido, algunos de los problemas traductológicos y sus soluciones y, por último, se realizará una conclusión para analizar el cumplimiento de los objetivos que se desarrollan a continuación.

Los objetivos de este trabajo beben de las competencias del grado de Traducción e Interpretación:

- Aprender a trabajar en equipo, simulando el desempeño profesional.
- Familiarizarse con la traducción como tarea compleja que consta de distintas fases interconectadas: coordinación, documentación, revisión, edición y maquetación.
- Elegir una estrategia global de traducción adecuada, mantenerla de manera coherente en las decisiones específicas de traducción y emplearla como ayuda en la elección de las técnicas de traducción.
- Ser conscientes de las dificultades y oportunidades que brinda la traducción de obras del género literario especulativo.

2. LA AUTORA Y SU OBRA

Connie Willis es una escritora estadounidense nacida en Denver, Colorado, que goza de ser una de los autores de ciencia ficción más galardonados del mundo. Empezó a escribir historias y a enviarlas a editoriales en 1967, año en el que se casó. Trabajó como profesora de enseñanza media y comenzó escribiendo para revistas en los años 70, siendo «El secreto de Santa Titicaca» (1970) su primera historia publicada.

Entre sus obras destacan *Los sueños de Lincoln* (1987), con la que obtuvo el Premio John W. Campbell Memorial, o *El libro del día del Juicio Final* (1992), su obra más famosa y con la que ganó el premio Nébulas de 1992 y los premios Hugo y Locus de 1993.

«Chance» se publicó originalmente en mayo de 1986 en la revista estadounidense de ciencia ficción *Isaac Asimov's Science Fiction*.

En la obra, el nuevo puesto de su marido obliga a Elizabeth a mudarse al lugar donde estudió, lo que trae consigo un aluvión de recuerdos y abre antiguas heridas que no han terminado de cicatrizar, que la sumen en un torbellino de culpabilidad y desconcierto.

Como en la mayoría de sus obras, Willis profundiza en la psicología de la protagonista femenina, Elizabeth. Es un personaje que se mueve a merced de los demás, que se encuentra sumida en un matrimonio sin pasión, con un marido que ha descuidado completamente la relación y solo se preocupa por el trabajo y el dinero. Elizabeth se encuentra cara a cara con su pasado, los errores cometidos y los recuerdos de las personas que una vez fueron tan importantes: Tib y Tupper.

Es una obra sobre casualidades, sobre cómo una pequeña acción puede cambiarlo todo. De hecho, a lo largo de «Chance», se suceden eventos aleatorios que se escapan del alcance de la protagonista e ilustran el poder de estar en el sitio adecuado en el momento justo. Pero también es una obra sobre segundas oportunidades, sobre la necesidad de perdonar a los demás y perdonarse a uno mismo.

3. METODOLOGÍA

En primer lugar, se repartieron los roles entre el grupo, siendo Miguel Ángel Ambel coordinador del proyecto, Carmen Gámez y Amanda Hernández traductoras para la primera entrega y Celia Sánchez revisora de la misma. En la segunda entrega, Amanda Hernández y Celia Sánchez quedaron a cargo de la traducción y Carmen Gámez de la revisión. Para la tercera y última entrega, Carmen Gámez y Celia Sánchez realizaron la traducción y Amanda Hernández la revisión.

La revisora también debía realizar una tarea previa de documentación para los traductores. La intención era aportar un documento lo más completo posible, con definiciones, varias propuestas de traducción, imágenes y datos sobre el contexto de uso, cuando fuera posible. Cada traductora se encargó de una parte del fragmento designado y, una vez terminada, se realizó una puesta en común para pulir el estilo, mantener la consistencia y

asegurarse de que el texto era coherente. Una vez comprobado, la revisora realizaba los cambios pertinentes y se justificaban en una reunión en la que ambas partes podían exponer sus decisiones. Por último, después de pasar por la revisión del tutor, se volvía a repasar el texto para sopesar las nuevas opciones planteadas.

4. RESULTADOS

El resultado del proceso expuesto ha sido una edición bilingüe del relato «Chance» y la memoria grupal que expone con más detalle los problemas encontrados.

Todas las decisiones han sido tomadas siguiendo una estrategia global de traducción basada en los tres principios de fidelidad: a la autora, al lector y a la lengua meta.

La obra se desarrolla en Estados Unidos y se ambienta en los años ochenta. Sin embargo, tiene una peculiaridad: presente y pasado se mezclan a través de recuerdos y anécdotas sin previo aviso. Por lo tanto, es una obra cargada de referencias culturales y no solo a un tiempo, sino a dos, los ochenta y los sesenta.

Esto se ha hecho presente en elementos como los peinados, que Connie Willis denomina con la precisión del que lo ha visto y vivido. Se encuentran términos como *pageboy* que se ha generalizado y traducido por «corte a tazón». La vestimenta también es propia de la época y del contexto universitario: *high school letter jacket* o *raised design*. Para el primero, se pensó la opción de «chaqueta beisbolera», un término cuya idiomática y comprensión no engloba a todos los públicos, así que se generalizó por «sudadera de instituto». Sin embargo, en el segundo ejemplo, Connie Willis utiliza un término más especializado dentro del mundo textil, por lo que se realizó la documentación necesaria para dar con «brocado».

Los elementos de otra cultura se reflejan en todo el contexto universitario y en elementos que no cuentan con una presencia importante en el sistema español, como las hermandades estudiantiles, los bailes universitarios, la presencia de programas derivados del ejército en el campus o los nombres que reciben los estudiantes de cada año. Por ejemplo, se habla de *a suit for rush*, el periodo en el que las hermandades estudiantiles realizan actividades, formales y no tan formales, para captar nuevos miembros. Ese concepto no existe, por lo que se ha realizado una traducción más general al tener en cuenta que los eventos de estas hermandades son de todo tipo: «un traje para los eventos de las hermandades estudiantiles».

En cuanto al tratamiento de los saltos temporales, se ha respetado el uso que la autora hace de los tiempos verbales. La intención es crear esa confusión que obliga al lector a pensar sobre el momento del que se habla. Ese es el tema de «Chance», la incursión abrupta del pasado en el presente, el cómo las acciones pasadas definen el ahora. El cerebro repasa los momentos y los recuerdos constantemente y esta manera de plasmarlo es solo un reflejo de cómo funciona, de cómo la protagonista vive su tormento y se recrea en el dolor del recuerdo.

Por último, se han respetado las reglas del español en todo momento. A la hora de expresar el habla coloquial de uno de los personajes (*Hiya, gorgeous. Wanta ride?*) no se ha optado por suprimir las eses finales (quiere³), puesto que iría en contra de las reglas ortográficas y seguiría perpetuando ciertos estereotipos. En este caso, el peso de la oralidad recae en el léxico: «Buenas, guapa. ¿Te doy un garbeo?».

En cuanto a los problemas derivados de la maquetación, cabe destacar el uso de herramientas como el programa Adobe InDesign y el proceso de cuadrar la versión en inglés y en español para que fueran en sintonía dentro de lo posible, ya que la traducción al español es un poco más extensa dadas las características de la lengua.

5. CONCLUSIONES

Este trabajo de fin de grado me ha dado la oportunidad de sumergirme en el mundo de la traducción literaria y despertar mi curiosidad por este género. Ha sido un placer conocer a Connie Willis e intentar desentramar todas las redes de ideas que se esconden tras sus palabras, sus matices, que no dejan lugar a “casualidades”, sino que son resultado de un proceso creativo muy premeditado. Me ha llamado la atención su manera de aunar ciencia ficción y el mundo real, sin necesidad de llevar la trama al espacio exterior o contar con avanzados artefactos tecnológicos. Es, sin duda, una autora muy interesante cuyo nombre puede haberse visto eclipsado por la hegemonía masculina que reina en el género.

Afrontar la obra como traductor, me ha permitido verla con otra perspectiva, pero como lector he disfrutado cada una de las lecturas de este relato, que comienza tímido para acabar en una vorágine de emociones. Al cabo de estos meses casi creo conocer a Tib, Tupper y Elizabeth. Es una obra que nos habla de la derrota, del pasado y de la culpa, de cómo el orgullo, la falta de comunicación y la incapacidad para asumir nuestros errores y pedir perdón construyen una barrera inescrutable entre las personas que amamos y nosotros mismos. Por

eso, también es una historia de segundas oportunidades, de perdonar y de cuidar las relaciones que verdaderamente importan. Y eso siempre conviene recordarlo.

Este trabajo ha puesto a prueba los conocimientos y competencias adquiridos a lo largo del grado y ha cumplido con los objetivos expuestos anteriormente. En primer lugar, he llevado a cabo un proceso de traducción complejo, lo que me ha hecho ser consciente de que la clave para una buena traducción reside en tratar el resto de fases con la misma importancia que se le otorga al proceso de traducción en sí.

He aprendido a moverme dentro del género literario especulativo, a ser consciente de las dificultades que presenta y a aplicar las competencias traductológicas en este ámbito. De hecho, este ha sido uno de los primeros encargos completos de traducción literaria a los que me he enfrentado. La traducción literaria siempre impone y esa falta de seguridad en nuestras capacidades dan resultado a una traducción tímida, que conserva una influencia predominante del texto origen. Pero gracias a las sesiones de revisión y el *feedback* recibido por parte del tutor he sentido una paulatina mejora de mis capacidades para la resolución de problemas traductológicos y un aumento de la confianza en mis habilidades. Además, este proyecto me ha hecho ver las oportunidades que presenta el género y considerar adquirir mayor formación en el ámbito.

He sido consciente de la importancia de elegir una estrategia de traducción coherente y de la ayuda que supone en la resolución de dificultades. A lo largo del grado nos hemos enfrentado a textos de menor extensión y no se hace tan visible el peso de establecer los objetivos del producto y la estrategia que vamos a seguir para ofrecer un resultado completo y coherente. En este caso, se han seguido los tres principios de fidelidad: a la autora, al lector y a la lengua meta, lo que nos ayuda por ejemplo a establecer el tratamiento de las referencias culturales. Mantener las referencias culturales de una manera que permita al lector comprenderlas y ser consciente de que forman parte de una realidad ajena a la española, no solo es fidelidad al mundo que ha creado la autora, sino también al propio lector, puesto que se le otorga la oportunidad de conocer un nuevo mundo de manera accesible y sin haber eliminado sus particularidades, es decir, no se le infantiliza. Por su parte, la fidelidad a la lengua meta se relaciona con el respeto por la preservación del español. La literatura es un motor del correcto uso de la lengua y permite introducir palabras que los usuarios de la misma no usan en su día a día y ampliar su vocabulario.

En cuanto al funcionamiento del equipo, no siempre se ha visto el mismo compromiso con la calidad del producto final por parte de todos los participantes, lo que ha llevado a que ciertos miembros tuvieran que desempeñar tareas que no les estaban asignadas. Había una

falta de iniciativa y de implicación en algunas de las fases y una necesidad de mayor determinación a la hora de tomar decisiones. Sin embargo, el funcionamiento del grupo de «Simulación de un encargo profesional de traducción literaria: narrativa breve de Connie Willis» se ha desarrollado sin ningún tipo de problema. La organización y división de las entregas era realista y equilibrada, y todo el *feedback* recibido ha sido muy útil tanto para este proyecto como para nuestro aprendizaje dentro del ámbito de la traducción literaria.

En conclusión, este proyecto ha sido una muy buena oportunidad para explorar otros géneros que no cuentan con apenas espacio dentro del plan de estudios del grado. Pero también tiene sus limitaciones, pues un solo trabajo no puede solventar la necesidad de los estudiantes de enfrentarse a la traducción literaria con la asiduidad con la que se traducen otro tipo de textos dentro del grado. Ha sido un proceso muy enriquecedor que ojalá hubiera durado más para haber podido desempeñar otros roles o haberlos perfeccionado.

Este trabajo abre una línea de investigación dentro del análisis de la obra de Connie Willis y pone su granito de arena en pos de honrar la aportación de la autora a la literatura y a la ciencia ficción y hacer que sus palabras lleguen a las personas adecuadas, a las que no abrirán la ventana, las que no contestarán al teléfono, las que no dejarán de lado su orgullo, a todas esas personas que necesitan una segunda oportunidad.



ugr

Universidad
de Granada

Declaración de Originalidad del TFG

(Este documento debe adjuntarse cuando el TFG sea depositado para su evaluación)

D./Dña. CARMEN GÁMEZ SALAZAR, con DNI
(NIE o pasaporte) _____, declaro que el presente Trabajo de
Fin de Grado es original, no habiéndose utilizado fuente sin ser citadas debidamente. De
no cumplir con este compromiso, soy consciente de que, de acuerdo con la [Normativa
de Evaluación y de Calificación de los estudiantes de la Universidad de Granada](#) de 20
de mayo de 2013, esto *conllevará automáticamente la calificación numérica de cero
[...]independientemente del resto de las calificaciones que el estudiante hubiera
obtenido. Esta consecuencia debe entenderse sin perjuicio de las responsabilidades
disciplinarias en las que pudieran incurrir los estudiantes que plagie.*

Para que conste así lo firmo el 24 de junio de 2022 (FECHA)

Firma del alumno

LICENCIA PARA AUTOARCHIVO

De cara a formalizar correctamente todas las fases del proceso de autoarchivo, es **MUY IMPORTANTE** que lea y comprenda en su totalidad el contenido de las siguientes normas y los términos de esta licencia, **antes de expresar su consentimiento y aceptación.**

El autor declara que es el titular de los derechos de propiedad intelectual, objeto de la presente cesión, en relación con la obra que autoarchiva, que ésta es una obra original, y que ostenta la condición de autor de esta obra.

En caso de ser coautor, colaborador de tales derechos, el autor declara que cuenta con el consentimiento de todos los coautores, colaboradores para hacer la presente cesión, y que los nombres de todos los coautores, colaboradores aparecen mencionados en la obra.

En caso de previa cesión a terceros de derechos de explotación de la obra, el autor declara que tiene la oportuna reserva o autorización de dichos titulares de derechos a los fines de esta cesión.

Con el fin de dar la máxima difusión a esta obra a través de internet, el autor cede a la Universidad de Granada, de forma gratuita y no exclusiva, por el máximo plazo legal y con ámbito universal, para que pueda ser utilizada de forma libre y gratuita por todos los usuarios de internet, siempre que se cite su autoría, que no se obtenga beneficio comercial, y que no se realicen obras derivadas, los derechos de reproducción, de distribución, de comunicación pública, incluido el derecho de puesta a disposición electrónica. Se entienden autorizados todos los actos necesarios para el registro de la obra, su seguridad y su conservación.

El autor garantiza que el compromiso que aquí adquiere no infringe ningún derecho de propiedad industrial, intelectual, derecho al honor, intimidad, o imagen, o cualquier otro derecho de terceros.

El autor asume toda reclamación que pudiera ejercitarse contra la Universidad por terceros que vieran infringidos sus derechos a causa de la cesión.

El autor renuncia a cualquier reclamación frente a la Universidad por las formas no ajustadas a la legislación vigente en que los usuarios hagan uso de las obras.

El autor será convenientemente notificado de cualquier reclamación que puedan formular terceras personas en relación con la obra.

ACEPTO

Nombre: CARMEN GÁMEZ SALAZAR DNI: _____

Firma: _____ E-mail: _____

Deseo almacenar mi producción científica/docente en la Comunidad / Colección / Departamento / Grupo de investigación / TFG / TFM / Otros (Especificar cuál): TFG

Fecha: 24 de junio de 2022